

Mi vida y mi rostro ante el VIH

Colibrí García

Mi vida y mi rostro ante el VIH

Colibrí García

Premios DEMAC 2015-2016



México, 2016

Primera edición, noviembre de 2016

Mi vida y mi rostro ante el VIH
por
Colibrí García

Diseño de portada:
Mariana Zúñiga Torres
www.marianazunigatorres.com

© Derechos Reservados, primera edición, México, 2016, por
Documentación y Estudios de Mujeres, A.C.
José de Teresa 253,
Col. Campestre
01040, Ciudad de México
Tel. 5663 3745
Correo electrónico: demac@demac.com.mx
librosdemac@demac.org.mx

Impreso en México

ISBN 978-607-7850-75-5

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualesquiera de los medios –incluidos los electrónicos– sin permiso escrito por parte de los titulares de los derechos.

ÍNDICE

Introducción	7
Infancia.....	8
Mi entrada a la escuela.....	11
La escuela primaria.....	12
La secundaria.....	13
El cambio	16
Lo inesperado	18
Reanudar mi vida.....	23
Mi primer novio.....	27
El reencuentro	30
La confesión.....	39
Un nuevo amor	41
El fin de la zozobra	43
Pablo.....	45

El diagnóstico	53
El Centro Ambulatorio de Prevención y Atención al Sida e Infecciones de Transmisión Sexual (CAPASITS).....	62
Conclusión	72

INTRODUCCIÓN

He pensado en varias maneras de comenzar. Podría hacerlo de una forma común o tratando de cautivar o asombrar al lector. He decidido expresarme tal cual soy, pues el motivo es plasmar mi historia, más difícil que otras, o tal vez más fácil comparada con otras.

Quiero entrar en la mente, en el corazón y en la conciencia de cada persona que me lea, que me conozcan no por mi físico o el timbre de mi voz, sino por mi escritura, y que sepan de mi niñez, mi adolescencia y de los momentos que marcaron mi vida, como al recibir mi diagnóstico.

Significa mucho para mí y escribo con la esperanza de que llegue a las manos correctas y deje alguna enseñanza sobre el cuidado de sí mismo y, a un tiempo, cree conciencia en la sociedad acerca del virus de inmunodeficiencia humana.

Me gustaría terminar con comentarios como “el VIH solo les da a las locas y a los homosexuales, por lo que a mí nunca me dará”; con las etiquetas y los juicios de quienes se sienten del lado correcto y con el poder para anular el futuro de otros. Intento ayudar a que la sociedad aprenda que el VIH no distingue sexo, religión, nivel socioeconómico ni preferencia sexual; que igual le da a gente “recatada” que a personas “promiscuas”; que nadie lo busca ni lo pide ni se imagina estar en esa situación.

Deseo que mi relato sirva para que conozcan a una mujer que, cómo muchas, ha sido etiquetada, marcada y discriminada por la sociedad desde los primeros minutos en que fue diagnosticada.

Por eso busco darle un rostro al VIH y hablar en nombre de mujeres, hombres, trans, lesbianas, homosexuales y niños. Si bien,

en algunos casos nos distinguen las preferencias sexuales, somos compatibles en el dolor, la humillación y la discriminación.

Pretendo demostrar que un diagnóstico fatal no define mi vida y que mi presente y mi futuro los decido yo, aun con VIH. Por ello he titulado mi trabajo “Mi vida y mi rostro ante el VIH”. Será interesante narrar lo que ha llegado a cambiar mi existencia. Sé que muchos sospecharán lo trágico que será esta historia y me encanta que lo piensen y traten de imaginarla.

Deseo agradecer a quienes me motivaron a emprender esta nueva etapa en mi vida: familia, amistades y aquellos que, sin saberlo, son parte de este texto. De la misma manera agradezco el acompañamiento de grandes mujeres en esta nueva aventura: Celia, Margarita, Petra, Marisol, Carmen, Lupita, Paty. Sobre todo, a la que me mostró lo increíble e importante que es la escritura: Leonor Vargas. Muchas gracias.

INFANCIA

Martín G. M. nació en la ciudad de Puebla en 1956; es el mayor de once hermanos. Sus padres, Gabina y Claudio, nacieron en Tepeaca, Puebla.

Rosa L. S. también nació en Puebla, en 1960; hija mayor de once hermanos. Sus padres, Elena y Juan, nacieron en Huamantla, Tlaxcala.

Martín y Rosa son mis padres, que se unieron a la edad de dieciocho y catorce años.

El primer embarazo de mi madre fue a los diecisiete años, del cual nació mi primer hermano, José Sabás, un 5 de diciembre, día de san Sabás. Lamentablemente, falleció a los catorce días de nacido de alferecía, lo que ahora se conoce como muerte de cuna.

Tres años después de esa pérdida, un 12 de agosto nació mi segundo hermano, Martín, como mi padre. Él se convertiría en mi hermano mayor.

El 7 de julio de 1982, a la una de la mañana, tres años después del nacimiento de mi hermano, mi madre me obsequió la vida, y es cuando comienza mi historia.

El médico les confirmó a mis padres que era una niña, y aunque mi padre deseaba otro varón, pues decía que las niñas eran muy locas, al conocer mi existencia se puso muy feliz, pues ya tendría la parejita. Desde ese momento me convertí en su consentida.

Me llamo Beatriz, nombre de origen latino que significa “la que trae alegría, bienaventurada, favorecida, con talento natural creativo”. Podría seguir enumerando más significados, pero mejor les diré el porqué de este nombre. Lo sugirió mi padre, pues le agradaba y a mi madre le gustó la idea. Me cuenta que cuando ella era pequeña, debido a que era la mayor, a los cinco años empezó a trabajar en una casa donde la trataban muy bien. A cambio de su trabajo, esa familia le permitía ir a la escuela y le pagaban todo. Incluso, cada mañana que salía temprano rumbo a la escuela, doña Aurora, la patrona, la esperaba en la puerta con su desayuno para que se lo llevara. También le confeccionaba los trajes para los bailables y varias veces le pidió a mi abuelita Elena que se la regalaran, pues la quería como a una hija a pesar de que ya tenía una, Beatriz, que quería a mi madre y con quien compartía sus cosas.

Por esta razón, cuando mi padre sugirió este nombre, ella aceptó con gusto, por el cariño y agradecimiento hacia esa familia.

Así comencé a vivir con el nombre de Beatriz en una familia numerosa, empezando por mis abuelos paternos: Gabina y Claudio. En cuanto a mis abuelos maternos, conocí a mi abuelita Elena, pues Juan, su marido, murió cuando mi madre tenía diez años. Tuve muchos tíos y tías y, con los años, demasiados primos.

Trataré de relatar los pocos recuerdos que conservo de cuando era niña y algunos otros que sé por mi madre.

Los primeros vestidos y baberos que tuve me los confeccionó mi abuelita Gabina y algunos aún los tengo. Cuando los observo,

los veo tan pequeños que pienso que debí verme muy graciosa con esos atuendos. Me peinaban de coletas, tenía caireles naturales, los cuales desaparecieron con el tiempo. Me gustaba mucho jugar, aunque no tuve los juguetes de temporada o de moda, pues éramos pobres, pero sí tenía los necesarios para divertirme con mis vecinitos, uno y dos años menores que yo: Arturo y Cristóbal. Con ellos compartí muchas travesuras.

Con Arturo jugaba a la comidita, le encantaba comer los revoltijos que yo cocinaba, cosa que poco a poco me desagradó, pues me chocaba hacerlo a cada rato. Él nada más quería comer y me rogaba para que jugáramos. Muchas veces lloré por su culpa, porque me hacía muchas maldades.

Con Cristóbal fue distinto, jugábamos con las *Barbies* y cuando yo no quería, me las pedía y jugaba solo. Muchas veces se quedaba a dormir en mi casa, pues su mamá trabajaba y mi mamá lo cuidó desde bebé. Eso hizo que ambos niños se acostumbraran a nosotros. Cuando Cristóbal se quedaba, quería dormir con mi madre, y mi hermano se enojaba y le decía que él tenía a su mamá, así que dormiría con él. Con esos niños compartí muchos años de mi infancia.

Con mi hermano muy pocas veces jugaba, solo cuando él quería. Cuando terminaba de llover, le pedía que me hiciera barquitos de papel para echarlos al agua que pasaba por la calle. Algunas veces me los hacía y otras no, hasta que aprendí a hacerlos. También jugábamos en el filo de la banquetta, con sus carritos, a uñas, dedos y tripas. El juego consistía en ir empujando los carritos dándoles golpes con los dedos y el coche que se caía, perdía. Mi coche era el que siempre se caía. Con mi hermano eran muy pocas las ocasiones en que no peleábamos. Él se enojaba conmigo porque decía que yo era muy chismosa, porque lo acusaba con mis padres. Él no debía correr o jugar fútbol porque le hacía daño esforzarse. Por eso, cuando lo veía, corría a decirle a mi mamá, ella lo regañaba, y él se molestaba conmigo.

Cuando mi hermano tenía ocho años, enfermó y le diagnosticaron asma. Lo controlaban con medicamento; aún recuerdo cuando se quedó internado en el hospital. Mi padre se quedó con él y mi madre me llevó a casa. Esa fue la primera vez que la vi triste y preocupada. Después de ese día, ella tendría que cuidar más a mi hermano, pues aunque lo vacunaban y tomaba el medicamento, le daban demasiadas crisis que le impedían respirar con normalidad. Martín siempre tenía un botecito de arena al costado de su cama para que pudiera escupir las flemas, sin necesidad de salir de su cuarto. Yo me ponía a su lado y golpeaba en su espalda para que arrojara las flemas y así respirara mejor. Era la forma en que intentaba cuidar a mi hermano a mis cinco años. Desde entonces ya me sentía orgullosa de él. Me parecía muy fuerte porque luchaba por vivir, a pesar de que lloraba al escuchar las peleas de nuestros padres por el dinero que gastaban en su doctor cada tercer día o a diario. A mi madre no le importaba ir al doctor con tal de que mi hermano mejorara, pero a mi padre le preocupaba gastar. Cada ocho días que mi padre llegaba, era para enterarse de que mi hermano seguía mal y había que pagar. Peleaban. Me parecía que lo hacía a propósito para irse nuevamente. Nunca estaba en fechas especiales. Mi madre siempre lo justificaba y nos decía que debíamos quererlo a pesar de todo, que así era él, que no era malo. Llegué a pensar que estaba joven y tenía más planes. Nos acostumbramos a su ausencia. Mi hermano le dijo a mi madre que se quería morir para que dejaran de pelear. No obstante, siempre pudieron más sus ganas de vivir. Sin saberlo, me estaba dando la primera lección de fortaleza de mi vida.

MI ENTRADA A LA ESCUELA

Mi etapa de preescolar fue muy tierna. Desde el primer día, mi madre me hizo creer que ella estaría afuera de la escuela esperando

mi salida. Así lograba que entrara y estuviera tranquila, hasta que salía. Después descubrí que no era verdad, pero ya no me afectaba. Me gustaba ir a jugar en el recreo y saborear una rica torta de jamón acompañada con un jugo. Estos son de los pocos recuerdos que aún me hacen sonreír.

Terminé preescolar como cualquier niña feliz, creyendo que conforme más años cumpliera, mi vida sería como la de los cuentos de hadas, donde siempre hay un final feliz. Tenía lo necesario para que así fuera: unos buenos padres, y un hermano mayor que siempre estaría conmigo, pues, aunque nos peleáramos y me dijera que no me quería, me defendía mientras yo corría a esconderme.

LA ESCUELA PRIMARIA

Aunque no fui una alumna modelo en cuanto a inteligencia, tuve lo necesario para no reprobar. Cuando pasé al tercer año, la profesora que me asignaron me dio lo que, en ese momento, fue la peor experiencia de mi vida. Ella tenía problemas en su matrimonio y, desde que iniciaba el día, todos sufríamos su maltrato: gritos y golpes con la regla, hasta convencernos de que éramos unos mediocres y burros. Se dedicó a sembrar miedo y angustia, al grado de no querer ir a la escuela. Después de muchos meses, le comenté a mi madre lo que sucedía. Apoyada por los demás padres de familia, cuyos hijos estaban en la misma situación, logró que nos cambiaran a la profesora por un joven que apenas iniciaba sus prácticas. A este maestro nuestros padres tuvieron que pagarle un sueldo, pero valió la pena porque recuperamos las ganas de asistir a clases.

Los años pasaron sin grandes problemas, aunque con algunas dificultades con las tareas porque siempre fui muy desordenada, todo lo contrario a mi hermano. Sin embargo, nada de eso me

afectaba porque tomaba la vida muy a la ligera y no me preocupaba por los gastos que tenía mi madre. Pedía lo que quería sin pensar en si había dinero o no, mientras que mi hermano, trataba de ahorrar lo más que podía y únicamente pedía lo necesario. Aunque mi padre casi no estaba en casa, siempre nos compraba todo nuevo al iniciar las clases y era entonces cuando, según yo, debía aprovechar. Mi vida era muy cómoda así.

Fue en sexto de primaria cuando tuve, por primera vez, la horrible sensación de unas manos tocándome de forma perversa, con maldad. Nos formaban por grupos en la explanada de la escuela, que tenía dos plantas. En la segunda se encontraban los quintos y sextos años. Al oír la orden de marchar hacia nuestros salones, avanzábamos en dos filas. Al llegar a la escalera, convergíamos varios grupos. Fue en ese momento cuando sentí una mano que entró en medio de mis piernas tocándome desde la parte de enfrente hasta llegar a mis pompas, como pellizcándome. Pasó tan rápido que, cuando giré para ver quién había sido, solo vi a mis compañeros que me miraban burlones. Por más que les pregunté si habían visto quién fue nadie me dijo nada. Me sentí muy mal, apenada. Como si hubiera hecho algo muy malo. Tuvieron que pasar muchos días para que la sensación de esas manos en mi cuerpo se alejara. Parecía que aún estaban ahí, tocándome, y mis compañeros no dejaban de recordármelo. Fue tanta la vergüenza que sentí, que no deseaba que nadie más se enterara, ni siquiera mi madre. Ahora me quedaba más claro que, cuanto más crecía, el cuento de hadas desaparecía.

LA SECUNDARIA

En la secundaria todo fue muy distinto: emociones y experiencias nuevas. La escuela se encontraba más lejos de casa y había que tomar el autobús. Estaba en un pueblito llamado San Miguel

Canoa, a un costado de la Malintzin. En esa escuela mi hermano había terminado la secundaria y ahí fui yo también.

Al principio fue difícil porque la mayoría de los niños de ese lugar habla náhuatl y no entendía lo que platicaban; notaba que se reían y eso me molestaba mucho. Tuve que soportar el olor a ganado, pues la mayoría de los compañeros ordeñaba vacas antes de ir a la escuela y, para una niña de ciudad, eso era mortal. Pensé que no lo aguantaría, y al comentárselo a mi madre le daba risa, decía que ya me acostumbraría. Tenía mucha razón, como siempre.

Sembré amistades entre los compañeros y también con algunos profesores. Desde luego, hubo quien no me toleraba y hablaba de mí en su lengua para que no pudiera entender. Así nació la necesidad de crear una especie de diccionario náhuatl, a lo que me apoyaron unos amigos que sí lo hablaban. Aunque era muy limitado, con esas pocas palabras pude entender. Cuando les respondí, aunque fuera en mi idioma, se sorprendieron. Eso me ayudó mucho.

En la escuela nos hablaron de sexualidad y observamos los órganos reproductivos en muchos libros. No era nada morboso ni pecaminoso, como muchos adultos piensan. Creen que al darnos ese tema despertarán nuestra curiosidad, pero me parecía algo normal que alguna vez me sucedería y que tendría una experiencia sexual con alguien a quien yo quisiera. Estaba segura de que aún no era el momento y que pasarían algunos años antes de conocer a la persona indicada. Pensaba que tal vez me sorprendería al ver a un hombre desnudo, pero entonces, de imaginarlo, me daba risa.

Todos los días mi madre me acompañaba a tomar el autobús para ir a la escuela. En una ocasión, al subir me di cuenta de que había varios hombres en los asientos de adelante, junto al operador. Decidíirme a la parte de atrás donde había otra puerta. Así, según yo, por cualquier cosa, desde ahí podría bajar rápidamente.

El autobús llevaba pocos pasajeros. No pasaron ni diez minutos cuando un hombre se dirigió atrás. Sentí su mirada muy pesada y pude ver que me sonreía, mientras se detenía en la puerta. No tocó el timbre y se quedó viéndome. Al sentir su mirada, giré mi cabeza para verlo y me di cuenta de que se estaba masturbando y que le causaba satisfacción ver mi rostro de espanto.

Sabía que algún día vería el órgano sexual de un hombre, pero definitivamente no así y, mucho menos uno que no se parecía en nada al de los libros, pues pude percibir que se trataba de un hombre enfermo, su pene tenía un color muy oscuro, casi morado, con muchos granos y muy inflamado. Hoy puedo asegurar que tenía algo parecido al virus del papiloma humano, aunque lo observé muy poco porque me volteé para no verlo más. Él tocó el timbre y se bajó burlándose.

Fue tan sorprendente que, por más que trataba de no pensar en eso, no lo lograba. Me pasé el día en la escuela llorando. Mis amigas y compañeros me preguntaban qué me ocurría, pero sentía tanta vergüenza que no le quería contar a nadie. Los profesores también me preguntaron y a ellos sí les pude contar. Me enteré de que no había sido la única víctima, en varias ocasiones el mismo tipo había asustado a otras alumnas. La escuela ya había alertado a las autoridades del pueblo y a los padres de familia.

La experiencia fue tan traumante que tardé más tiempo que en la primaria en sobreponerme. Logré convencerme de que solo sería una amarga experiencia. Me cuidaría más, pues no quería que se repitiera. Poco a poco fue pasando y lo pude platicar con las compañeras sin llorar. A mi madre también le conté. Me abrazó y me dijo que tratara de no pensar en eso. Continué con algunos miedos y mi madre, con más razón, me iba a dejar a la parada.

Casi al finalizar el tercer año de la escuela, al esperar el autobús, un taxista le ofrecía a mi madre llevarme a la escuela sin cobrar. Era muy insistente, pero mi madre siempre lo rechazaba. Ya molesta, tuvo que hacerlo de forma grosera y él se iba. Era

casi a diario y ya nos daba miedo. Al comentarlo con mi padre, él decidió que iría con nosotras a la parada del autobús y estaría a distancia para observar al taxista y confrontarlo para que dejara de acosarnos. No sé si el taxista sospechó o si, por coincidencia, esas veces el taxista no se aparecía. No recuerdo cuánto tiempo estuvimos así.

Una mañana, mi mamá salió por pan para el desayuno y regresó asustada porque había visto al hombre del taxi por la casa. Se ocultó para que no supiera dónde vivíamos. Dejamos de verlo por un tiempo.

EL CAMBIO

Se incrementaron los problemas con los familiares que nos rentaban la casa donde vivíamos. Yo terminé la secundaria y mi mamá y yo nos fuimos a Tepeaca. En ese lugar, mi bisabuelo le había dejado una herencia a mi padre y teníamos unos cuartos. Allí se quedaba él cuando no alcanzaba a llegar a la casa.

Fuimos por unos días, pero el ambiente era tan diferente que no nos acostumbramos. Me enfermé, tuve vómito y calentura, y mi madre decidió regresar a Puebla. Comentó que no volveríamos porque en Tepeaca la casa era muy triste.

En Puebla, seguían los problemas, nos cortaban la luz y otros detalles que ya no eran tolerables. Después de más de veintidós años, mi padre dijo que nos mudaríamos a Tepeaca. Esta vez no iríamos de vacaciones, sino a vivir indefinidamente. A mi hermano no le pareció y convenció a mis padres para quedarse con mis abuelos paternos.

La distancia hizo que la relación entre mi hermano y yo cambiara, ya no peleábamos y nos extrañábamos. Aunque nunca se lo dije, me dolía que se quedara con los abuelos, pues yo estaría en un lugar donde me haría falta.

Fue difícil adaptarnos, y más porque yo no quise seguir estudiando. Aunque con nosotros vivían mis tíos, primos y primas, me aburría muchísimo. Me entristecía al oír el canto de los gallos que mi tío criaba para peleas. Todos tenían sus labores y yo ayudaba en casa. Poco a poco me fui acostumbrando.

Mi hermano nos visitaba de vez en cuando y nosotras tratábamos de ir a verlo cada ocho días. Él trabajó con mis tíos, en la herrería, por un tiempo. Después entró a la escuela de la Volkswagen gracias a un conocido de una de mis primas. Ahí estudió un año y empezó a trabajar, le urgía ganar dinero para ayudarnos. Le había prometido a mi madre hacerle su casa. Se compraba sus cosas, pero nunca imaginé que pensara en mí. Nos llevaba ropa y detalles a mi mamá y a mí. Le compró una sala y un modular.

Mi padre se ponía triste, decía que él no merecía nada por habernos dejado solos cuando niños. No era verdad, mi madre nos enseñó a amarlo y a respetarlo. Mi hermano quería mejorar nuestra calidad de vida.

Fue entonces cuando Martín me convenció de que estudiara y elegí Cultora de Belleza. Él pagaría las colegiaturas y el material que me pidieran y acordó con mi padre que me diera para mis pasajes, pues la escuela se encontraba en Puebla.

En año y medio terminé la carrera. Mi hermano me propuso que siguiera preparándome en otra escuela, más avanzada. No acepté porque me había dado cuenta de que no me gustaba, aunque en ese momento me había parecido la mejor opción.

Mi hermano se casó y mi sobrino ya venía en camino. Nos dio mucho gusto, pero también tristeza, pues pensábamos que, seguramente, cambiaría para que ver por su familia. Eso no pasó. A pesar de que tenía más gastos, Martín siempre pensaba en nosotros.

En junio, unos días antes del día del padre, falleció la tía María, esposa de uno de los hermanos de mi padre. Estaba embarazada y tenía siete meses cuando le dio un derrame cerebral a causa de la preeclampsia que padecía. Los médicos no pudieron salvarla,

pero al bebé sí. Era tan pequeño que cabía en una caja de zapatos. Tuvieron que confeccionarle sus primeras ropas, pues nada le quedaba. Al morir su madre, una de las hermanas de mi padre, se hizo cargo del bebé y lo registró como su hijo con el consentimiento del padre del niño. Lo bautizaron como Ángel Gabriel y sus padrinos fueron mis padres.

No recuerdo cuántos meses tendría Ángel cuando mi tía Lupe, quien era responsable del niño, me propuso que me fuera a su casa en Agua Santa para que me ocupara de cuidarlo. A cambio, ella me pagaría. Me pareció buena idea, pues no estudiaba ni tenía trabajo. Ella llevaba varios años trabajando en una fábrica y no quería dejarla. Se lo comenté a mi hermano. No le gustó mucho la idea porque quería que yo me superara y no me encerrara, pero respetó mi decisión.

Me iba a Puebla el lunes para cuidar a Ángel y regresaba el sábado a mi casa. A pesar de no tener experiencia con bebés, le daba de comer, lo cambiaba y lo bañaba en regadera. Aun cuando era muy pequeño, iba bien. También hacía el aseo de la casa. Muchas veces me aburría de estar encerrada. Pasaron unos meses con la misma rutina: el sábado, en la noche, o domingo temprano, me iba a Tepeaca.

LO INESPERADO

Un domingo, a las nueve de la mañana, me dirigí al centro de Puebla para comprar algunas cosas. En la 10 Poniente, volví a sentir esa mirada pesada que, sin saber de quién era, me provocaba pánico. Busqué de dónde venía y vi un taxi estacionado al otro lado de la calle. En él había un hombre que me observaba. Cuando lo descubrí, él sonrió mientras agitaba su mano, como saludando. Me dio tanto miedo que caminé hacia el lado contrario. Temblaba. En ese momento llegaba la combi y le hice la parada.

Rápidamente, me subí tratando de que el tipo no me viera. Una vez arriba, me dije: “¡Gracias, Dios!”

Aun cuando ya estaba lejos del lugar, mi miedo no se iba; sabía que estaría más tranquila al llegar a casa. Cuando bajé de la combi, el autobús que iba para Tepeaca iba llegando a su parada, pero, por más que corrí para alcanzarlo, no lo logré. En ese momento unas manos me abrazaron. Sentí un enorme escalofrío. En mi espalda había algo como una navaja y oí que me decían: “Si gritas, te mato y sigo con tu familia”. El que me amenazaba me subió al taxi que había visto, conducido por otro chofer. Intenté gritar, hice señas y, aunque había gente alrededor, en particular un vendedor, nadie hizo nada. Supongo que el señor no reaccionó rápido o, simplemente, no quiso problemas.

Mientras el taxi avanzaba, no dejaba de moverme, quería escapar. Gritaba con desesperación tratando de defenderme. De repente, me taparon la boca con un trapo que contenía algo. Me empezó a doler la cabeza y cada minuto era más fuerte la molestia. El hombre me obligó a agacharme de modo que no me vieran de la calle. Oía sus voces cada vez más lejos. El que manejaba le decía al otro que con ese favor saldaba la cuenta, pero que le prometiera que no me mataría, pues ya era demasiado el daño que me haría y no lo ayudaría más. El otro contestó que sí, que se callara. Yo me sentía demasiado cansada y ya no gritaba. No podía moverme, notaba que me escurrían las lágrimas. Sabía que algo malo me pasaría y le pedía a Dios que me ayudara, que el taxi chocara y no recuerdo que más.

Esto fue a las once de la mañana. Cuando desperté, me encontraba en una especie de bodega donde guardaban material de construcción, acostada en el suelo sobre un pedazo de alfombra vieja de color café. Quise levantarme rápido y no pude. Todo me dolía. Fue terrible la impresión al verme desnuda en ese lugar. Inmediatamente supe que me habían violado. Ni llorar podía, tenía un gran miedo. Quería escapar, aunque nada volvería a ser igual.

Comencé a vestirme tratando de no hacer ruido. Me encontraba sola y temía que regresaran. Me levanté y empecé a caminar con mucho esfuerzo, estaba muy adolorida. Al llegar a la puerta, volví a sentir el mismo escalofrío. Mi agresor ya venía. Tomé un pedazo de tubo que estaba en el cuarto y traté de atacarlo. No logré ni tocarlo, rápidamente, me lo arrebató mientras me daba una cachetada. Caí al suelo, me dijo que no hiciera pendejadas, que si quería que me matara. “No, déjame ir”. Me tomó de la coleta y me tapó la cabeza con una playera negra mientras me levantaba del suelo. Me sacó del cuarto y distinguí que estaba en una construcción grande donde había pura tierra.

El hombre abrió un zaguán y me subió nuevamente al taxi. Dijo que si se me ocurría denunciarlo o trataba de ver el lugar donde estábamos me mandaría matar. Contesté que no diría nada, pero que me dejara ir, que nada más eso quería.

El hombre cerró la puerta del taxi y le dijo al chofer que me aventara por ahí y que se olvidara de su deuda, que ya no le debía nada. Yo tenía mucho miedo, iría con el chofer, y si uno me había violado, ¿qué podía esperar del otro?

El taxi empezó a avanzar y a los pocos minutos el chofer me dijo: “Tranquila. Ya pasó todo. Te llevaré al lugar donde te encontramos, si prometes no gritar ni ver mi cara”. Asentí con la cabeza. “Acuéstate en el asiento. Te avisaré cuando lleguemos.” Fue el viaje más largo que he hecho. Se me hizo muy pesado y ya quería bajarme. “Ya mero llegamos. Quítate la playera de la cabeza, no te levantes ni voltees. Arréglate el cabello un poco y, cuando te diga, te bajas. No mires el taxi, no hagas que me arrepienta. Bájate. Llévate tus cosas.” Sin voltear, me dirigí a la parada del autobús y me senté. Ahí seguía el mismo señor que vio cuando me llevaban. Vendía dulces y, cuando me vio, se acercó y me preguntó si estaba bien, si necesitaba ayuda. “¿Ya para qué? Hace rato sí la necesitaba.” Me levanté y comencé a caminar. No sabía a dónde ir. Recordé a una amiga que vivía cerca de ahí y

pensé buscarla, pero ¿qué le iba a decir? Si platicaba lo que me había pasado, le causaría mucho dolor a mi familia. Seguí caminando sin rumbo mientras pensaba qué decir. Tenía claro que me callaría para evitarles la pena y a mí la vergüenza. Así me sentía, avergonzada, con debilidad en el cuerpo y en el alma. Burlada, lastimada, humillada. En pocas palabras, acabada.

Caminé por horas, hasta que decidí lo que haría. Ya me habían hecho mucho daño y no permitiría que me afectara más. Trataría de olvidar esa terrible experiencia. Sentí que era fuerte y que podría con eso. Mi amor por mi familia era más grande que lo que sentía y no les causaría el dolor de saber lo que me había pasado. Con la mente más fría, empecé a ver a mi alrededor. Había caminado por horas y parecía que el mundo era un desierto. No distinguía gente ni ruidos. No entiendo cómo no me atropellaron. Crucé muchas calles sin ver. Finalmente, pude ubicarme y me di cuenta de que, sin querer, había llegado a la casa de una de mis tías paternas. Diría que me habían asaltado y así justificaría mi estado de ánimo. Pensarían que estaba asustada. Dejé mi mochila, me quité los aretes y me arreglé un poco. Me dirigí al negocio de mi tía. Necesitaba ayuda para llegar a mi casa.

Supongo que mi aspecto no era tan malo, pues al verme me sonrió y preguntó: “¿Qué milagro?” “Ya ves, es que necesito algo. ¿Me podrías prestar dinero para irme a mi casa? Me asaltaron.” Sonrió y me dijo que, ya en serio, qué pasaba. Comencé a llorar. En ese momento me creyó. Me abrazó y me dijo que no me preocupara, que el susto ya había pasado, que me llevaría a mi casa o con mi hermano. Pensé que era mejor ir con mi hermano. Al día siguiente estaría más tranquila para contarle a mi mamá, más fríamente, sobre el asalto. Así, ella me creería, pues mi madre me conoce tan bien que sabe cuándo miento. Tendría que ser más cuidadosa para que no se enterara de la verdad.

Nos dirigimos a la esquina y mi tía le hizo la parada a un taxi. Sentí mucho miedo. Podía ser el mismo taxi del violador. Cuando

preguntó a dónde nos llevaba, me calmé: el timbre de su voz no era el de mis agresores.

Al llegar cerca de la casa de mi hermano, lo vi caminado por la acera con su esposa. Fui hacia él y nuevamente comencé a llorar. Me abrazó y me preguntó qué había pasado. No pude hablar. Mi tía le pagó al taxista y nos alcanzó. Fue ella la que le dijo que me habían arrebatado mis cosas y mi dinero. Mi hermano le dio las gracias y tomamos una combi al centro comercial al que se dirigían mi hermano y mi cuñada antes de encontrarnos.

Mi hermano trataba de levantarme el ánimo y me preguntaba a cada rato si se me antojaba algo. Me repetía que todo estaba bien, que simplemente era el susto. “Porque solo fue un susto, ¿verdad?” Contesté que sí. Se encargó de hablarle a mi madre para que no se preocupara porque no llegaba. Le dijo que me quedaría esa noche con ellos y que después yo le contaría.

Después de un rato regresamos a su casa, ya era de noche y me preguntaron si quería bañarme. Respondí que sí. Me acosté, pero mi cabeza no dejaba de pensar en lo ocurrido. Veía al techo de la casa, y mi hermano me decía que tratara de descansar. Esa noche no dormí, la pasé llorando en silencio.

Al siguiente día me fui a mi casa, ya más tranquila y segura de lo que diría. Me creyeron y me dijeron que, por suerte, no me había pasado nada más grave. “Sí, eso es lo bueno”, les contestaba.

Esa segunda noche, me sentí más tranquila. En mi habitación lloré más desahogadamente y saqué todo el coraje que tenía.

Después de lo sucedido, descarté la idea de regresar a cuidar de Ángel. Por ningún motivo volvería a exponerme. Tenía demasiado miedo e inseguridades. Mi madre y mi hermano estuvieron de acuerdo.

REANUDAR MI VIDA

Mi tía Lupe no reaccionó muy bien cuando le comenté que ya no iría por lo del asalto. Aunque no me dijo mucho, noté que le molestaba que le dejara así al niño. No cambié de opinión. Muchos meses estuvo cortante conmigo y, a veces, incluso grosera. Me ignoraba. Me dolía mucho; sin embargo, trataba de no darle importancia. Pensaba que si supiera lo que me había pasado, me entendería.

El que presentía que algo malo me sucedió era mi abuelo, con quien tenía una buena relación; ambos nos queríamos mucho. Aunque nunca le conté, en esos días llegó a mi casa y me preguntó cómo estaba del susto. Creo que él estaba seguro de que me había pasado otra cosa, más grave. Aunque yo le contesté que estaba mejor, empezó a contarme su historia desde niño. Me platicó lo que había sufrido y, más aún, lo que había disfrutado en la vida. Me dijo que el día que muriera no le llorara, porque había disfrutado de muchas cosas, buenas y malas; que ya estaba cansado pero satisfecho. Me llevó al patio y me dijo que no importaban las pruebas que la vida nos pusiera, que no nos afectarían si teníamos buenas raíces. Me dijo que cada quien decide el tipo de árbol que quiere ser, que a los árboles pequeños cualquier viento los arranca porque son débiles y sus raíces cortas. Me señaló un árbol que aún conservo; es de tronco grande y muy alto, un pirul que lleva años en ese lugar. Me dijo que yo debía ser como ese pirul y que ningún viento ni ninguna tempestad debía tirarme, pues mis raíces eran de gente fuerte y bien sembradas. Insistió en que nunca olvidara que me podían cortar las ramas y mi tronco, pero mis raíces nunca.

No entendí muy bien lo que mi abuelo quiso decirme. Fue un hombre que pasó por muchas enfermedades y situaciones difíciles y siempre salió victorioso. Supongo que sus raíces eran fuertes. Guardé sus palabras en mi mente. Tal vez algún día las entendería.

Pasó el tiempo. Traté de olvidar lo sucedido y seguir con mi vida. Entré a trabajar a una estética donde aprendería más sobre estilismo aunque no me gustaba. El trabajo sería una puerta para salir de la mala rutina de estar encerrada en mi casa. Me encargaba de aplicar tintes, decoloraciones y bases. Al poco tiempo, comenzó a afectarme la vista y me provocó una parálisis facial, debido al contacto con tantos químicos. No había notado que ya no cerraba el ojo derecho para dormir y el médico me dijo que si no quería perderlo, tenía que buscar otro trabajo.

La rehabilitación fue lenta y el tratamiento costoso. El doctor dijo que mi parálisis también había sido por un herpes en el oído que había afectado un nervio. Tenía tan negro mi oído, que me dio mucho miedo; llegué a creer que me lo amputarían. Estaba horrible y tocarlo me provocaba un dolor tremendo.

Después de unas semanas de tratamiento, mi oído ya estaba bien, faltaba trabajar con masajes la parálisis facial. Definitivamente, una vez más, tenía que dejar mi trabajo. Di las gracias en la estética y el dueño me dijo que regresara cuando mejorara. Desde luego, no pensaba seguir afectando mi salud.

Me dediqué a mi recuperación y, sin darme cuenta, me fui acostumbrando a no hacer nada. Caí en una depresión por no saber qué haría de mi vida. Esperaba que pasaran las semanas, así por varios meses. Adopté el mal hábito de comer y ver televisión acostada en un sillón. A mi madre le molestaba, no entendía por qué me estaba dejando deprimir. Hablaba conmigo y trataba de darme ánimos y opciones para hacer algo en mi vida: buscar otro empleo, estudiar otra carrera técnica. Yo encontraba pretextos para negarme a hacer algo.

Obviamente, subí de peso y cada vez estaba más desanimada. Me vestía con lo primero que encontrara y me hacía una cola de caballo. Nada me importaba.

Después de un año, mi prima Adriana empezó a trabajar en un restaurante donde también daban servicio de banquetes. Ella

ayudaba a preparar la comida, lavar la loza y apoyaba en la decoración. No era un trabajo muy pesado y nada más era los fines de semana. Mi prima me invitó a trabajar con ella, supongo que para sacarme de la rutina que tenía. Empecé los sábados. El ambiente era bueno, había mucha gente joven y nos divertíamos mientras trabajábamos. Fue una etapa muy bonita, hice muchas amistades y tuve nuevas experiencias. Disfrutaba mi trabajo y eso mejoró mi estilo de vida.

Dos años después, una amiga con la cual jugaba fútbol en Tepeaca me propuso trabajar con su esposo, el cual tenía una joyería y necesitaba a alguien de confianza. Al principio le dije que no podía, pues estaba contenta trabajando solo los sábados. El resto de la semana estaba con mi madre. Mi amiga siguió insistiendo hasta que acepté hablar con su esposo: don Jorge.

El trabajo era de lunes a sábado, de nueve a nueve, y me parecía muy pesado. Comenté que trabajaba los sábados y que no quería dejarlo. Don Jorge me propuso que trabajara con él y que me dejaría faltar los sábados, así tendría más ingresos.

Empecé a trabajar con su hijo, Jorge, *el Güero*. Era muy buena onda, me hacía reír, pero era muy exigente; trataba de que aprendiera tanto de la joyería como de la relojería. Me enseñó a distinguir los diferentes kilatajes del oro y don Jorge a cambiar pilas de reloj, las máquinas y extensibles; también a cortar y moldear los cristales para reloj. En poco tiempo sabía hacer varias cosas, además de tener una excelente amistad con los dos. Trabajar con hombres me gustaba, pues era otro trato y no había con quien pelear, como en los eventos. Tanto don Jorge, como *el Güero* compartían conmigo sus problemas y sus alegrías. Muchas veces los regañaba y ellos a mí. Compartir las comidas, jugar o platicar convertía el trabajo en una complicidad. Me sentía tan a gusto con ellos que dejé de ir a trabajar a los eventos.

Don Jorge me enseñó a ir a México, al barrio de Tepito, donde compraba la mercancía y supe cuánto le costaba. Esto fue muy

significativo, pues de esa forma me demostraba la confianza que me tenía. Me repetía que debía fijarme para aprender y si algún día me preguntaban quién me había enseñado, pudiera contestar que don Jorge.

Llegó el fin de año y me dieron mi primer aguinaldo. No tenía idea de en qué lo gastaría. Don Jorge me propuso llevarme a México. Esta vez buscaríamos algo para que yo emprendiera mi primer negocio. Después de ver muchas cosas, opté por comprar bolsas para venderlas entre mi familia. Eso me motivó mucho, pues sin ningún interés, don Jorge me ayudó a realizar algo nuevo.

Ellos ya eran importantes en mi vida; conocían cosas buenas y malas de mí, como yo de ellos. Eran muy mujeriegos y no me quedaba otra que, como buena amiga, encubrirlos. Aunque me molestaba hacerlo, me convencían.

Era tanta la confianza con ellos, que no dudé en contarles de mi mala experiencia, pues siempre me preguntaban por qué no tenía novio. *El Güero* me abrazó y me dijo: “¡Sabía que algo te había pasado!, pero échale ganas, verás que llegará alguien que te borre esa mala experiencia”. Don Jorge opinó lo mismo y ambos me dijeron que contara con ellos para todo que de verdad me apreciaban por ser una buena chica. Les agradecí haberme escuchado; eran los únicos que sabían la verdad. Les pedí que me guardaran el secreto.

Mientras trabajé con ellos me enfermé varias veces de salmonelosis y tifoidea. Al principio pensé que era por comer en restaurante. Iba a consulta y rápidamente se me quitaba, lo mismo me pasaba con la tos. Había temporadas en que me daba seguido y después se me quitaba sin medicamento. Al comentarlo con mi médico, no le dio mucha importancia, según él era más importante tratar la salmonelosis y la tifoidea. Pensaba que la tos, seguramente, era por alguna alergia. Tampoco le di importancia.

MI PRIMER NOVIO

La única vez que no estuve de acuerdo con *el Güero* fue cuando mi prima Adriana me presentó a uno de sus amigos: Alejandro. Era un chico educado a la antigua, muy recatado y católico. Eso lo hacía parecer presumido y creído, según *el Güero*.

Alejandro comenzó a frecuentarme y casi a diario iba por mí a la joyería para llevarme a mi casa. Así estuvimos un tiempo, tal vez dos meses, hasta que me pidió que fuera su novia. Me parecía que no encontraría mejor opción, pues me agradaba su forma de ser y, por supuesto, estaba segura de que no me faltaría al respeto, así que acepté.

Esta decisión me llevó a cambiar mi relación con *el Güero*, pues a Alejandro le molestaba la confianza que nos teníamos. Me repetía que no estaba bien que me llevara así con él. Aunque al *Güero* le molestó, respetó mi decisión y nos enfocamos en el trabajo.

Poco a poco, Alejandro me prohibía más cosas, como usar falda y ser alegre y sociable con la gente. Eso ya no me gustaba tanto, pero lo aceptaba porque se había convertido en una ilusión en mi vida. Por fin tenía algo lindo. Así estuvimos unos meses más.

Una de mis primas solteras salió embarazada. Cuando Alejandro se enteró, empezó a hablar mal de ella diciendo que era por loca y que ya nadie la tomaría en serio. Comentó que la virginidad de una mujer es lo más importante que se le puede brindar a un hombre y cosas así. En ese momento entendí que si Alejandro se enteraba de lo que me había pasado, no me creería y, de seguro, me dejaría al saber que ya no era virgen.

Al comentarlo con *el Güero*, me aconsejó que no le contara nada pues, finalmente, no estaba tan segura de si me quedaría con él. *El Güero* estaba convencido de que Alejandro no me creería y me propuso que pensara en la posibilidad de dejarlo. Decidí no contarle nada, al menos hasta estar segura de que habría algo más formal.

Después de unos meses, Alejandro me pidió uno de mis anillos que tenía mi inicial. Era el primer anillo que había hecho. Le ofrecí hacerlo a su medida y me contestó que no, que lo quería para saber mi medida. Nunca pensé que era para mi anillo de compromiso.

Quince días después, Alejandro fue por mí a la joyería como todas las noches, pero esta vez iba más arreglado. Me había dicho que pidiera permiso para llegar tarde, pues era sábado y me llevaría a cenar. Platicamos sobre nuestra relación. Comentó que se sentía muy bien conmigo, y que le gustaría formar una familia y más porque se había dado cuenta de que era una mujer que valía la pena. Me quedé muda. Al escucharlo, imaginé lo que diría cuando le contara que ya no era virgen porque me habían violado. Seguramente me odiaría por habérselo ocultado o quizá, con un poco de suerte, me entendería y sería feliz con él.

Continuamos platicando y terminamos de cenar. Me llevó al parque, nos sentamos, me tomó las manos y me dijo que estaba seguro de lo que iba a hacer. Me preguntó si quería casarme con él y formar una familia. Ya había hablado con sus padres, querían conocerme y, obviamente, todo sería de acuerdo con sus costumbres católicas. Mientras él seguía diciendo muchas cosas, yo lo observaba. Les había contado a sus padres que él era mi primer novio oficial y que, para los diecinueve años que tenía, seguramente era porque mis padres eran muy rectos. Eso les encantó, pues querían una mujer recatada y, sobre todo, virgen, para su hijo. “¿Qué piensas?, ¿tú me quieres?” Le contesté que sí lo quería, pero que había cosas que él no sabía de mí y que no se las había dicho por miedo a perderlo. Empecé a contarle desde la muerte de mi tía hasta llegar al día de la violación. Fue muy triste ver su indiferencia y su cambio.

Después de escucharme se agachó y me dijo que lamentaba lo que me había sucedido y que, de todo corazón, deseaba que algún día encontrara a esa persona especial para mí. “Las cosas pasan por algo y te agradezco que hayas sido sincera antes de casarnos,

pues tengo muy claro que quiero una mujer que haya estado nada más conmigo.” La virginidad era algo muy valioso y el que yo no lo fuera cambiaba las cosas. Yo lloraba. Le dije que entendía y que me disculpara por no habérselo dicho antes. Me abrazó y, después de un rato, me dijo que no podíamos seguir viéndonos pues no teníamos futuro. “Entiendo. Ojalá no te arrepientas por no darme la oportunidad y, más aún porque la violación no fue por mi gusto.” Él me contestó que se imaginaba el infierno que habría tenido que pasar, pero que no me creía y, mucho menos, intentaría estar conmigo después de lo que, según yo, me había pasado. Creo que, al final, pensó que yo había inventado esa historia para justificar que no era virgen.

Alejandro se despidió de mí y se fue. Esa fue la última vez que lloré por él. ¡Era tanta la rabia que sentía! Ya ni siquiera estaba enojada por la violación, sino porque a él le daba lo mismo casarse con una o con otra, el único requisito era que fuera virgen.

Me deprimí muchísimo. Mi familia me preguntaba qué me pasaba porque mi rostro se veía enfermo. Me dio calentura un par de veces, pero no le di importancia.

El siguiente lunes llegué a mi trabajo y le conté al *Güero*. Se enojó mucho y me dijo que no llorara por un hombre de esa calidad, que le diera gracias a Dios, porque, la que se merecía algo mejor era yo. Las palabras del *Güero* me hicieron sentir muy bien y empecé a entender que tenía razón. Lejos de ser una mejor persona, desde que andaba con Alejandro me había dedicado a descuidar a mis amistades, a no tomar mis decisiones y, lo peor, a volverme dependiente de él. Me di cuenta de que había sido víctima de violencia psicológica y no había querido aceptarlo. Ver la realidad me reconfortó e hizo que me doliera menos la separación. Entendí que lo que hubo entre los dos, en realidad, no había sido amor.

No pasó ni un mes cuando me enteré de que Alejandro ya tenía otra novia y pensé que ella sí debía ser virgen. Para entonces eso me dio risa, pues ahora era yo la que, ni de broma, quería algo

con él. *El Güero* lo veía y me decía: “¡Ahí va tu virgencito, Magdalena!” Nos reíamos mucho. Regresé a mi realidad, a disfrutar de mi trabajo y mis amistades.

Meses después, Alejandro me volvió a buscar. Según él, fue porque veía mi sufrimiento al verlo y no quería que me quedara con la idea de que era por mi culpa. Dejé que hablara. Cuando terminó, me reí y le dije que ya había aprendido la lección, que esperaba que él lo superara, que mi vida no giraba a su alrededor y que, de todo corazón, le deseaba que encontrara a la virgen que necesitaba. “No te preocupes por mí, estoy mejor que nunca y, gracias a ti, aprendí a valorarme como mujer.” Añadí que le pedía a Dios que nos acompañara a los dos. Me di la vuelta y me fui muy fortalecida y segura de lo que le había dicho. Di gracias a Dios y prometí no odiarlo por querer a una mujer virgen. *El Güero* se encargó de que no lo olvidara, pues era motivo de diversión. No sabía cuándo volvería a tener novio, pero estaba segura de que me fijaría más en la calidad de persona con la que anduviera.

EL REENCUENTRO

Seguí con mi rutina, tratando de disfrutar de lo que podía con el producto de mi trabajo. Un día que salí de la joyería para ir a comer a mi casa, volví a sentir el pánico de cinco años antes. Nuevamente el escalofrío entró en mi cuerpo como una alerta.

Mientras esperaba que el semáforo me diera el paso, un taxi pasó frente a mí. El conductor no dejaba de verme y, por un momento, me paralicé. Se veía sorprendido. No supe qué hacer. El taxi avanzaba y el hombre no dejaba de verme. Corrí hacia el parque con miedo de que viera dónde me metería. Corrí lo más rápido que pude. Me temblaban las piernas, se me adormecieron y sudaba frío.

No sé cómo llegué a la joyería. Abrí la pequeña puerta para entrar en el taller, casi de golpe. Me metí sin avisar que ya había

llegado. Me fui al fondo, donde estaba el baño, y comencé a llorar. Cuando *el Güero* me oyó, entró a verme. Me encontraba sentada en el suelo, encogida para que nadie me viera. No dejaba de temblar.

—¿Qué te pasa? —me preguntó *el Güero*.

—El taxista... está afuera. Por favor, no lo dejes entrar. Me vio y tengo mucho miedo.

Sin pensarlo, salí a buscarlo. No tardó mucho. Cuando regresó, me abrazó y me dijo que no había nadie y que, seguramente, lo había confundido. No dejaba de llorar y de temblar. Me imagino que *el Güero* me vio tan mal que no dejó de abrazarme y asegurarme que él me cuidaría.

Era sorprendente el pánico que sentía. Aunque ya habían pasado cinco años, parecía que solo habían sido cinco minutos. Así terminé el día y *el Güero* fue a dejarme a mi casa. Desde esa noche ya no estuve tranquila, temía que el taxista me estuviera esperando. Pensar que la historia podría repetirse me aterrorizaba y prefería tomar otras medidas antes que padecer abuso otra vez. Por unas semanas, *el Güero* y don Jorge me acompañaban a mi casa por las noches, y a la hora de la comida no salía y me quedaba en el taller.

Otro día en la mañana, cuando me dirigía al trabajo, desde el parque vi que la joyería seguía cerrada y opté por sentarme en una banca a esperar a que llegara *el Güero*. Estaba entretenida con el teléfono cuando oí un claxon. Levanté la cara y vi que era el taxista que me decía adiós con su mano. Me paralicé. De repente oí el sonido del vocho del *Güero*, le hice señas y corrí a encontrarlo. Para entonces, el taxi ya no estaba. Le conté al *Güero* que el del taxi me había encontrado. Me contestó que sí había alcanzado a distinguirlo. “Súbete, vamos a buscarlo para anotar las placas y denunciarlo”. Anduvimos alrededor del parque y por otras calles; no logramos verlo. Después de un rato nos regresamos a la joyería. *El Güero* quería encontrarlo y confrontarlo; yo pedía a Dios no volver a verlo.

Para entonces, ya era tanta la presión que sentía, que empecé a pensar en otras opciones, como matarme. Tenía que ver muy bien cómo lo haría. Tendría que dejar una carta donde explicara y pidiera perdón a mi familia por haber ocultado la violación y por haber tomado la decisión de matarme, de esa forma me entenderían y no me juzgarían. Descarté ahorcarme en mi casa porque cada vez que vieran mi cuarto les lastimaría recordarme. También pensé en provocar que me atropellaran, pero no me gustó que alguien más pagara por mis culpas. Ninguna de las opciones terminaba de convencerme. Un día vi que don Jorge trabajaba con un líquido que secaba todo lo que tocaba y le pregunté que si eso era peligroso: “Si por error se toma, el efecto es parecido al ácido y, sería una muerte rápida”. Para hacer la prueba coloqué algunas moscas en la tapa del líquido y vi cómo, en unas horas, se habían deshecho. Definitivamente, ese líquido era la mejor opción para mis planes.

Era tanta mi obsesión de atentar contra mi vida, que no noté que *el Güero* me observaba. Después de una semana de analizar las opciones y sus consecuencias, y de dejar una carta en mi cuarto explicando todo, esperé la ocasión para quedarme sola en el taller de joyería.

Un día que unas amigas del *Güero* llegaron a buscarlo, le avisé y salieron a platicar. Ese era el mejor momento. Me dirigí al baño, donde don Jorge guardaba el líquido. Me serví en un vaso desechable hasta la mitad y le agregué polvo para dorar que, según la etiqueta, era peligroso al ingerirse. Lo mezclé, y cuando ya casi lo tenía en la boca, sentí un golpe en mis manos. ¡Era *el Güero*! En la joyería había espejos que permitían ver quién entraba o salía. De esa forma, *el Güero*, sospechando que haría algo, no dejaba de observarme. Por eso entró rápidamente, tiró el vaso y, con un tono grosero, me dijo que no hiciera tonterías. Lo miré y vi lágrimas en su rostro. ¡Me sentí tan mal! Me solté a llorar, me abrazó y me dijo que esa no era la mejor forma, que pensara en mis padres y

en lo que sufrirían, que no permitiera que ese tipo terminara por desgraciar mi vida. Después de platicar con él, entendí la gravedad de mi decisión. Prometí no volver a intentarlo y regresé a mi casa.

En la noche, observé el cuadro de la cabecera de mi cama que tiene la imagen del Señor del Universo, regalo de una de mis tías. A esta imagen muchas veces le reclamé haberme abandonado, le grité cosas horribles, al grado de dejar de creer en él. Esa noche, mi fe regresó y, al verlo, le pedí perdón por intentar quitarme la vida. Le prometí que a partir de ese día superaría las pruebas que me pusiera. Trataría de fortalecerme y, la siguiente vez que encontrara a mi agresor, no correría y lo enfrentaría. Pasaron los meses y mi vida volvió a la normalidad.

En abril, cuando llegó la feria del Día del Niño, estaba en la joyería atendiendo cuando mi agresor pasó enfrente. Esta vez iba caminando. Al verme se detuvo en la puerta, como si quisiera comprar. Lo miré, ahora con coraje, pero con el mismo pánico. Le dije al *Güero* que saliera del taller para ayudarme a atender, y mi agresor, al oír que le hablaba al *Güero*, se fue y se perdió entre la gente. Cada vez eran más frecuentes las veces que me lo encontraba. Finalmente, por temor, decidí dejar mi trabajo. Sólo dentro de mi casa no me encontraría. Hablé con mi hermano y le dije que ya no quería trabajar. Me preguntó por qué y se me ocurrió decirle que tenía problemas con *el Güero* y que ya no aguantaba más. Me dijo que si ya no estaba a gusto, que no fuera, pero tenía que dar las gracias y no dejar el trabajo botado. Cuando le comenté al *Güero* que dejaría el trabajo, se enojó conmigo porque necesitaba mi ayuda. Mi miedo era más fuerte y le dije que me disculpara, pero que pensaría más en mi bienestar y que, definitivamente, no quería arriesgarme a encontrarme con mi agresor. Terminé la semana y no volví más.

Nuevamente estaba en casa y no tenía la más mínima intención de salir. Mis padres y mi hermano estaban hartos de que no

hiciera nada. Muchas veces, mi hermano me regañó y me exigió que trabajara o estudiara, que hiciera algo para que generara dinero y apoyara en la casa. Me sentía muy mal, pero prefería que pensarán que era una floja a que supieran la verdad.

Me seguí enfermado. Tenía dolor de cabeza y de pies, continuaba con tifoidea, salmonelosis y otras cosas más, incluida la tos. Según mi doctor, esas enfermedades eran causadas por mi mente. Yo me las provocaba. ¡Eso decía mi médico!

Después de algunos meses, al ver que casi no salía, Gloria, una de mis amigas que también trabajó con don Jorge, fue a visitarme. Me preguntó por qué me había encerrado y le comenté lo que me pasaba. No dejaba de visitarme y, en una de sus visitas, me convenció para que saliéramos a dar una vuelta. La única condición que le puse fue que no camináramos por el parque de Tepeaca porque me daba miedo encontrarme con mi agresor. Me propuso ir a un pueblito cercano llamado San Hipólito, a quince minutos de Tepeaca. En ese lugar comimos y después nos dirigimos al parque, donde un niño y dos chavos jugaban basquetbol. Uno de los chavos me llamó la atención, él también me miraba y sonreía. Se acercó a nosotras y nos propuso jugar con ellos. Yo contesté que no, pero mi amiga dijo que sí y me animó. Jugamos un rato y después nos invitaron un refresco.

El chavo se llamaba Armando; era moreno, de estatura baja y delgado, originario de Catemaco, Veracruz. Me sorprendió al preguntarme qué me pasaba porque se notaba una gran tristeza en mi mirada. No sé qué pasó. De repente sentí que lo conocía de toda la vida. Me inspiró tanta confianza que no dudé en contarle todo.

Armando trabajaba en ese lugar como agente subalterno del Ministerio Público, me dio muchos consejos y prometió que me ayudaría, pues su padre había trabajado años para el FBI y conocía a mucha gente que me podía ayudar. Se lo agradecí. ¡Me sentí muy segura con él! Su carácter era fuerte y, se podría decir, algo violento. Al mismo tiempo tenía el don del canto y eso me

tranquilizaba. Esa tarde me cantó varias canciones escritas por él. Todo el día lo pasamos en ese lugar.

A partir de entonces, lo visitaba cada tercer día y él no dejaba de llamarme para saber cómo estaba. Me dijo que en cuanto volviera a ver a mi agresor, lo llamara por teléfono para ir a buscarlo; que no permitiría que me volviera a lastimar.

Conforme pasaban los días, me encariñaba más con él. En las noches me llamaba para cantarme y dormir más tranquila. Armando me ayudó a fortalecerme. Siempre me repetía que debía ser fuerte, que esa era la única forma de evitar que me lastimaran. Me obligaba a enfrentar mis miedos.

Desde pequeña he tenido pavor al sonido de los cohetes y mucho más a los disparos. Un día, tomó la retrocarga que usaba en su trabajo y disparó al aire. Al ver mi miedo, me miró y la puso en mis manos en posición de disparo, mientras me decía que debía poner la fuerza en mis brazos, porque el impacto sería tan fuerte que me podía lastimar. Yo me rehusaba, pero con su ayuda logré disparar y no pude evitar el llanto. Me abrazó y dijo que esa era una forma de terminar con el miedo, que él se encargaría de hacerme una mujer fuerte, a pesar de ser pequeña, que eso no debía limitarme. Poco a poco, mis miedos fueron aminorando. Su fortaleza y su cercanía me daba confianza para creer en lo que me decía.

Después de dos meses de tratar a Armando, una tarde quedé en verme con mi amiga Gloria en el parque de Tepeaca para ir a comer con él. Al llegar, me di cuenta de que ahí estaba el taxi. Esta vez, caminé cerca de él para que me viera. Fingí no verlo. El tipo se bajó del auto y comenzó a seguirme. En ese momento le marqué a Armando desde mi celular y le dije que el del taxi venía detrás de mí, que tenía mucho miedo. “Detente en las zapaterías, llegaré a buscarte. Dame unos minutos”, me dijo. Entré a la zapatería, pedí unos zapatos y mientras me los medía, vi que el tipo me observaba desde lejos. Sonó mi celular. Era Armando. Le expliqué dónde estaba. Caminé rumbo a mi casa. En esa calle

hay un terreno baldío y Armando me dijo que ahí me detuviera, simulando atar las agujetas de mis zapatos o con cualquier otro pretexto. El tipo me seguía. Le contesté que lo haría, pero que me asegurara que llegaría a ayudarme. “Confía en mí.” Me agaché a atar mis agujetas, temblando. Sentía la presencia de mi agresor, y cuando lo percibí cerca, no pude evitar voltear e intentar correr. El tipo me tomó del brazo con fuerza y me obligó a entrar al terreno. Me preguntaba si lo había extrañado. Fue horrible sentir sus manos. “¿Qué pasaría si Armando no llegaba?” Forcejamos. Pensaba en escapar.

Finalmente, Armando llegó y lo golpeó en las costillas con la retrocarga. Le apuntó y comenzó a insultarlo, mientras su compañero lo esposaba y lo amordazaba para que no gritara. Lo encerraron en la patrulla y nosotros subimos también. Llegamos a la Presidencia del pueblito donde Armando trabajaba y lo metieron en un sótano. Armando lo golpeó y lo mojó con agua fría. Siguió dándole con una macana. Eran tantos los golpes que le grité que lo dejara. Temí que lo matara. Enojado, me preguntó que, entonces, qué era lo que quería. Me abrazó y me dijo que él se encargaría de que pagara por lo que me había hecho.

Cuando el tipo pudo hablar, le dijo a Armando que era inocente y que lo demandaría por haberlo detenido, que se arrepentiría por lo que le había hecho. Armando lo ignoró y me sacó de ese lugar.

Después de eso, Armando me dijo que teníamos dos opciones. La primera era matarlo y enterrarlo lejos. Le contesté que no, pues si ya no podía dormir, menos lo haría teniendo en mi conciencia una muerte. La segunda era llevarlo a un Cereso en otro estado donde le debían favores a su padre, pero que en ese lugar tendríamos que pagar para que se quedara y no saliera más. Tenía que decidir. Si lo dejábamos libre, se desquitaría, con más odio, de los dos. Me di cuenta de que se me había hecho muy fácil que Armando lo detuviera, pero nunca pensé en lo que seguiría. Matarlo no. A pesar del daño que me había hecho, no quería cargar con eso el

resto de mi vida. Llevarlo al Cereso implicaba mucho dinero. No sabía cómo le haría, pero esa era la mejor opción para mí.

Armando dijo que estaba de acuerdo y que me apoyaría económicamente, que no me preocupara.

Con las llaves del taxi en las manos, Armando y su compañero fueron a Tepeaca a recogerlo para deshacerse de él. Nunca supe donde lo dejaron. El tipo estuvo encerrado tres días en el sótano. Mientras, comencé a vender la joyería que me había comprado cuando trabajaba con *el Güero*. Vendí muchas cosas más y pedí dinero prestado. Por su parte, Armando buscaba a su padre y a la gente que pudiera ayudarnos. Junté ocho mil pesos, que era muy poco, pero Armando tenía dinero y me ayudaría.

Seguros de que en aquel Cereso nos ayudarían, lo metimos en la camioneta, sedado, para que pareciera que dormía. Mientras Armando manejaba, yo iba a su lado, más nerviosa que el día de la violación. En el Cereso me tomaron la declaración y no se cansaban de hacerme las mismas preguntas. ¿Cómo fue?, ¿cuándo?, ¿por qué no lo denunciaste?, ¿lo conocías?, ¿cómo te violó?, ¿segura que no mientes?... Infinidad de preguntas que hacían que me arrepintiera y sintiera que la delincuente era yo.

Después de los interrogatorios, el juez me llevó a su oficina y me dijo que lo disculpaba, pero que aquello era necesario, pues no se perdonaría meter preso a alguien inocente por pagar favores recibidos. Me dijo que tenía una hija de mi edad y que no le gustaría que pasara por lo mismo, que me ayudaría, pero que debía dar las gracias al papá de Armando. Me explicó que tenía que dar otro nombre para seguridad mía y de Armando: Carolina González Pérez, un nombre muy común y elegido por ellos, con el cual simulaban el careo, papeleo y demás requisitos.

Armando les dio ochenta mil pesos para repartir entre la gente que sabía lo que pasaba. El tipo negó lo que me había hecho. Es más, negó conocerme. En varios momentos me decía: “Hija, por favor, di la verdad. Me estás causando muchos problemas. Yo

nunca te había visto”. El juez le informó que le asignaría un abogado si podía pagarlo. El tipo dijo que no tenía dinero y que tenía derecho a una llamada. “Por supuesto, pero ya le diré cuándo puede hacerla”, contestó el juez. Mientras se lo llevaban, me decía que dijera la verdad, que era muy grande el daño que le hacía. Creo que, al final, entendió que no saldría libre, que habíamos pagado para que lo detuvieran. Con mucho enojo, me gritó que saldría y me buscaría.

Al otro día, temprano, regresé a mi casa. Para mi familia, había ido a trabajar a un evento, lejos.

Cuando Armando detuvo a mi agresor pensé que por fin podría dormir tranquila. No fue así. Venía su imagen diciéndome que me buscaría. Mi situación era peor. Imaginaba que se escapaba y que esta vez me mataría. Viví con ese miedo meses.

Seguí la relación con Armando, ahora como su novia. Aunque llegué a quererlo, no estaba con él por amor sino por agradecimiento. Por un tiempo se fue a Veracruz, pero me visitaba cada quince días. En dos ocasiones, por la desesperación de mi situación y la presión de mi familia, estuve a punto de irme con él, pero siempre me arrepentía.

Decidí estudiar computación. Armando me apoyaba, y cuando llegaba a Tepeaca, iba por mí a la escuela sin avisarme. Intentaba ser sociable, pero no conseguía muchas amigas. Aunque trataba de concentrarme en el estudio, siempre pensaba en la posibilidad de que mi agresor se escapara.

Fueron varias las ocasiones en que Armando fue por mí y nunca me di cuenta de que en cada visita llevaba un coche de diferente color, pero de la misma marca. Un día, una de mis compañeras me preguntó a qué se dedicaba mi novio, porque le llamaba la atención que siempre iba en un coche diferente y se veía que no era de Tepeaca. No supe qué contestarle.

Armando ya no trabajaba de policía y a mí no se me había ocurrido preguntarle qué hacía. Gracias a la escuela de computación

empecé a usar el correo electrónico y el famoso *chat* para comunicarme con Armando en Veracruz y conocer amigos por internet.

LA CONFESIÓN

Mi estado de ánimo empezó a decaer una vez más y mi hermano, ya desesperado, al ver que me la pasaba en casa, me llamó la atención con enojo. Yo, lloraba. Me propuso que fuera con mi doctor para que me revisara. Acepté con la condición de que entraría sola a la consulta.

Al otro día, mi madre me acompañó y le comentó al doctor que yo no quería hacer nada y que ya no sabía cómo ayudarme, que, por favor, platicara conmigo. La relación con mi médico era buena; le tenía mucha confianza. Me hizo muchas preguntas: ¿era por algún hombre que me había dejado?, ¿estaba embarazada?, ¿tenía miedo de algo? y mil preguntas más, hasta que llegó a la pregunta correcta: ¿te pasó algo que no quieres que tu familia se entere?

Comencé a llorar y contesté que sí. Era ya tanto el peso que sentía, que pensé que era un buen momento para decir la verdad, pues no podía más con esa carga.

Cuando le dije al doctor que me habían violado, la cara de mi madre cambió. Creo que esperaba miles de cosas, menos que estuviera así por una violación. Se contuvo para no llorar, mientras el médico me alentaba para seguir con mi vida. Me recetó tranquilizantes y me preguntó si en aquella ocasión me había tomado algo para no embarazarme. “Claro que no”, le contesté sorprendida. Ni siquiera pasó por mi cabeza un posible embarazo. Eso hubiera sido terrible.

Mi madre le preguntó al médico si creía conveniente que mi padre se enterara de lo sucedido. Opinó que no, pues, gracias a Dios, no había consecuencias graves y, con ayuda psicológica, podría salir adelante. Comentó que para un padre, era un golpe

muy fuerte saber dañada a su princesa y que lo mejor era no mortificarlo y apoyarme a mí. Cuando me tranquilicé, nos fuimos.

En el trayecto, platicamos de varias cosas, menos de la violación. En la noche mi hermano preguntó qué había dicho el doctor y mi madre le contó. Obviamente, sabían de la violación, pero aún no les decía quién era el agresor y, mucho menos, que lo había metido preso. Pensé que sería mejor decirlo poco a poco.

Al día siguiente, mi hermano habló conmigo y me dijo que ahora entendía, que lo disculpara por haberme tratado así. También me preguntó por qué no le tuve confianza, que estaba seguro de que desde el asalto algo más había pasado. Nuestra relación mejoró, pero mi salud empeoraba. Seguía con salmonela y tifoidea. Me sentía muy débil y el dolor de cuerpo y de cabeza era muy fuerte. Además, tenía mareos y náusea constantes. Me llevaron al médico nuevamente.

El doctor me dijo que tenía que superar mis traumas; que buscara ayuda psicológica y que me mandaría a hacer unos análisis. Estaba seguro de que mi enfermedad era mental.

Efectivamente, parte de lo que tenía era una depresión, pero al recibir los resultados de los análisis, el médico dijo que el conteo de bacterias de tifoidea estaba muy elevado y que no sabía cómo podía estar de pie. Les habló a mis padres y les recomendó internarme de urgencia. Por fin pude descansar y desahogarme de tanto dolor físico y mental.

Me medicaron y me dieron tranquilizantes. Después de un día me harían más estudios para ver la mejoría. El médico le aconsejó a mi madre que me hicieran una prueba de VIH (Elisa) para descartar esa posibilidad como consecuencia de la violación. Aceptamos, seguras de que saldría bien. Los resultados fueron negativos, y no nos sorprendió. Ahora estábamos más seguras de no contarle nada a mi padre, pues no era nada grave, salvo salmonela y tifoidea.

Regresé a mi casa mucho mejor y Armando me llamaba para saber cómo estaba. Por unos meses dejé de trabajar en los eventos sociales, pues, según yo, esa era la razón de mi enfermedad.

UN NUEVO AMOR

Fue en el mes de abril cuando, al salir de la escuela de computación, pasé a un sitio de internet y entré en un *chat* masivo para entretenerme un poco. Me registré como *Colibrí*. Me divertía platicando y haciendo amistades. Así conocí a esa persona que, con el tiempo, sería muy especial en mi vida: *Pablo81*. Congeniamos desde los primeros minutos. Así fue por varios días. Me pidió mi número de teléfono para oír mi voz. Él es de Tehuacán, Puebla, pero en ese tiempo vivía en Virginia, Estados Unidos.

Fue muy curioso darme cuenta de cómo esta persona, estando tan lejos, provocaba tantas cosas en mí. A los quince días de conocernos, ya sabía todo de mí y yo creí saber todo de él. Me estaba enamorando por internet.

Chateábamos diario. Decía que se estaba enamorando y que ojalá pudiera conocerme en persona, pues mi alma y mi voz las conocía perfectamente. Nos mandábamos fotos y cartas. Cuando le confesé a Pablo que tenía novio, me propuso que lo dejara y aceptara ser su novia. Así, seguramente, algún día nos conoceríamos. Ambos estábamos seguros de que valdría la pena esperar a que ese día llegara. Al mismo tiempo, me confesó que había estado casado y que quería que lo supiera, según él para que no me decepcionara después.

Estaba decidida a terminar con Armando, pero no sabía cómo. Él me había ayudado tanto, que no podía fallarle y mucho menos lastimarlo. Valía la pena renunciar a Pablo por él. A Armando, se le hacía raro que a diario estuviera en línea, chateando. Empezó a sospechar que chateaba con alguien más, pero cada vez que trataba de comentarlo conmigo, le confirmaba que no lo dejaría nunca.

En una de sus visitas, mientras cenábamos, sonó mi celular. Era Pablo. Cuando vi su nombre en mi celular, temblé de alegría y, al mismo tiempo, de miedo. No sabía cómo reaccionaría Armando. Colgué sin contestar y lo apagué.

Armando no era tonto. Me dijo que me quería mucho y que no debía mentirle. Me preguntó quién era y le contesté que un compañero de la escuela. Se molestó, pero me dijo que confiaba en mí. Le dije que era su novia y que no lo engañaría, que si me llegaba a enamorar de alguien más, se lo diría. No podía fallarle, así que terminaría mi amistad con Pablo. Armando me quería demasiado y yo le debía mucho.

En una ocasión, Armando me prestó su celular para que me entretuviera jugando en el coche, mientras él visitaba a un amigo que le debía dinero. En eso, su celular sonó varias veces y pensé que sería algo urgente. Segura de que su familia sabía de mí, contesté. Era una mujer llamada Geny, de Veracruz. Según ella, era la novia de Armando y estaba embarazada. Su salud estaba mal y por esa razón insistía en el teléfono. No me molesté, era el mejor pretexto para dejarlo sin remordimiento. A la mujer le dije que había contestado porque el señor Armando olvidó su celular en la recepción del hotel donde se hospedaba y que, en cuanto regresara, le daría el recado. Así fue.

Cuando Armando regresó, le dije lo que había pasado. Le pregunté desde cuándo estaba con ella. Contestó que llevaba dos años, pero que me quería a mí, aunque a ella no la dejaría porque estaba delicada. Le dije que lo entendía, pero que no me obligara a estar con él. Después de esa llamada, revisé su celular y me encontré con mensajes dirigidos a ella con mucho cariño. Tuve claro que seguía conmigo para no lastimarme con su abandono. Como yo quería a Pablo, le propuse a Armando que termináramos. No estaba de acuerdo porque aseguraba que era por otro, ya que no estaba enojada ni celosa.

Terminé con él, pero me dijo que me seguiría buscando porque me quería. Le dije que siempre estaría cuando me necesitara, como amiga. Se molestó tanto que dijo que si me veía con otro, me mataría. “¿Cómo puedes decirme eso después de lo que hemos pasado juntos? ¿Quieres que siga contigo por agradecimiento? No

me amas y vas a ser padre, eso es lo más importante.” Me abrazó y me pidió perdón. Dijo que me dejaría libre porque yo debía ser feliz y que él intentaría hacer lo mismo.

Segura de no haber lastimado a Armando, seguí con Pablo. Después de una semana, le conté y me pidió que fuéramos novios. Feliz, le dije que sí, pues él sabía toda mi historia. Así, entre llamadas constantes, pláticas por internet, fotos y demás, yo era feliz a pesar de la distancia.

EL FIN DE LA ZOZOBRA

Mis enfermedades eran más constantes, pero siempre obtenía la misma respuesta: “Es tu estado mental” y mi tifoidea, según el médico, no era grave. Podía seguir mi vida normalmente y dejar de mortificar a mi familia con mis achaques. Llegué a creer lo que me decía y busqué mantener mi mente distraída para no enfermar.

Para entonces ya tenía varias amigas en la escuela de computación, entre ellas, Dalia y Osuany. Eran primas. Dalia era enfermera y trabajaba en el Hospital General de Tepeaca; Osuany era madre soltera y a ambas les gustaba tomar y divertirse.

En el cumpleaños de Dalia me invitaron a festejar en un bar que está en el centro. Creí que sería una buena ocasión para divertirme. Aquello se fue volviendo rutina y tomábamos casi cada tercer día, sin exceso.

En mi casa no percibían que llegaba un poco tomada. Al contrario, les parecía buena idea que estuviera ocupada.

Seguía en contacto con Armando y de esa manera podía enterarme del proceso de mi agresor. Aunque el miedo de que se escapara ya era mínimo, su amenaza seguía presente en mí.

Un día que estaba de compras con mi mamá y mis sobrinos, recibí una llamada de Armando. Le contesté temerosa de oír que

el sujeto se había escapado y temblé de miedo. Armando me conocía tan bien, que enseguida me dijo que no me preocupara, que llamaba para decirme que el hombre se había ahorcado dentro del reclusorio en el que se encontraba y que le había tomado una foto para enviármela, así me convencería de que ya no saldría para lastimarme. Por fin, estaría tranquila. La persona que tanto me había lastimado estaba muerta.

Le dije a Armando que, por favor, me asegurara lo que decía. No quise esperar más para ver la foto. Le pedí a mi mamá que me esperara, que debía hacer una recarga a mi celular. Busqué un internet y al ver la foto lloré; era un hecho que no me molestaría más y por fin dormiría tranquila. Después de verla muy bien y asegurarme de que era él, la borré. Nerviosa, regresé con mi mamá y mis sobrinos para terminar nuestras compras.

A media noche le marqué a Armando, pues necesitaba detalles. Me dijo que el hombre se había matado porque en varias ocasiones lo violaron dentro del Cereso. “¡Ya pagó lo que te hizo!” Saberlo violado no me hizo feliz y mucho menos me dejó satisfecha. Llegué a sentirme culpable de que una persona se hubiera quitado la vida por haber sido víctima, al igual que yo, de una violación. Ese pensamiento desapareció después de un tiempo, cuando, al comentarlo con un sacerdote que me conocía y sabía lo que me había pasado, me hizo entender que esa persona había elegido un camino de destrucción y maldad y que no debía acusarme o avergonzarme por haberme defendido. Finalmente, fue su decisión y ese era su destino por haber gozado haciendo el mal a muchas jovencitas. Esto último lo supe porque, cuando nos carearon, las autoridades se dieron cuenta, por su filiación, de que yo no era la única víctima, que había más. Al final, el apoyo del sacerdote me reconfortó y me liberé de tanto dolor y rencor. Me propuso perdonarlo para que yo empezara la nueva vida que me esperaba. Al comentarlo con Pablo, estuvo de acuerdo pues, según él, ya era el momento de ser feliz.

Nuevamente le di las gracias a Armando por haberme ayudado, aunque siempre me quedó la duda de si no lo habría mandado matar para que yo estuviera más tranquila.

Por otro lado, pude separarme de Armando con más tranquilidad porque, cuando localizamos a otra de las víctimas del violador para que lo denunciara, el papá de la chica, al saber que habíamos dado dinero para que no saliera libre, le agradeció a Armando y le devolvió el dinero que había gastado. Así, ya no me sentí tan en deuda con él.

Nunca sabré si Armando lo mandó a matar, o si fue el papá de la otra víctima, o si, efectivamente, él se mató. Lo único seguro es que, a partir de entonces, viví sin el temor de volver a encontrarlo.

PABLO

Con Pablo compartí muchas cosas a distancia. Reíamos en el teléfono, me apoyaba en mis planes y, varias veces, hasta económicamente. Así pasaron dos años y medio, con la esperanza de que algún día viniera a México.

Fue en septiembre de 2008 cuando *Pablo81* me dio la noticia de que en un mes lo vería en persona. Regresaría a México para vivir en Tehuacán, a tres horas de Tepeaca. Estaría muy cerca y podríamos vernos seguido. Estaba muy emocionada. Después de casi tres años de espera, se cumpliría mi sueño de ver a esa persona tan especial para mí. Temblaba y sentía un enorme escalofrío. Gracias a Dios, en esa ocasión era por amor.

El 6 de octubre de 2008, a las siete de la mañana, Pablo me habló para decirme que ya estaba en México. “¡Mañana te veré y podré abrazarte!”, me dijo. No podía creerlo. Quedamos en vernos, al día siguiente, en Tecamachalco, a las diez de la mañana.

Me levanté temprano; de hecho, no dormí de la emoción. Me bañé y me arreglé. No sabía si le gustaría, pero me esforcé para

ir lo mejor posible. A las diez, ya estaba en el lugar acordado. Mi celular sonó. “¿Dónde estás?” Le contesté que en la parada del autobús y me dijo que pasaría en una camioneta negra. No pasaron ni dos minutos cuando estaba frente a mí. Me reconoció y me sonrió. Cuando subí a la camioneta, sus primeras palabras fueron: “¡Sabía que eras tú!”, y me dio un beso.

Fuimos a desayunar y platicamos de nuestra historia, desde el primer día en que nos conocimos por internet. Después entramos al cine y me dijo que me llevaría hasta mi casa, pues quería saber dónde vivía.

Así convivimos medio año. Nos veíamos cada ocho días, me hablaba dos veces al día y me demostraba mucho cariño. Varias veces me fui de viaje con él a Oaxaca, Veracruz, Tabasco y a la Ciudad de México. Tenía un tráiler y se dedicaba a transportar mercancía.

Por fin era feliz. Con él tuve mi primera relación sexual y logró borrar la amarga experiencia de la violación con mucha paciencia y, sobre todo, con mucho amor. Sabía por lo que había pasado y era cuidadoso en su manera de tratarme. Después de ese acercamiento, no imaginaba mi vida sin él. Mi familia no estaba de acuerdo con nuestra relación, pero yo estaba muy segura de lo que quería y la defendería a toda costa.

Mi madre me decía que Pablo me estaba mintiendo, que seguramente seguía con su mujer. Yo no lo creía y discutía con ella. Con mayor frecuencia me iba de fiesta y mi madre creía que me iba a trabajar a los eventos.

A Pablo le molestaba mi amistad con Osuany, pues decía que de lejos se veía que era muy loca. A mí eso me molestaba. No obstante, me fui alejando de ellas y aprovechaba para estar más con él. Aunque era por unas horas, era feliz a su lado. Con eso me bastaba.

Mi única preocupación era que seguía enfermándome. Ahora tenía unas bolitas, como de grasa, en la espalda, el brazo y la pierna. Pablo me preguntaba sobre ellas, pero no sabía la causa. No le

daba importancia, pues, seguramente, también eran provocadas por mi mente. Pablo no pensaba lo mismo y se enojaba, decía que fuera al doctor, pues él me quería para toda la vida. “No juegues con tu vida”, me regañaba y me dio dinero para la consulta.

En esa ocasión fui con otro médico que me había recomendado Dalia. Me dijo que eran abscesos o algo hormonal y ordenó análisis. Con su respuesta me quedé tranquila y decidí no hacer nada. A Pablo le dije que estaba tomando tratamiento y me creyó.

Seguí trabajando los fines de semana, cuando no veía a Pablo. A él tampoco le gustaba mi trabajo, pues era más probable que bebiera y, por la hora de salida, corría peligro al regresar a casa. Así, debía avisarle la hora de salida y regreso, pues eso lo hacía estar más tranquilo. Ahora creo que quería controlarme, pues llegué a darle un informe diario de mis actividades. Cuando me hablaba, tenía que contestar inmediatamente para que no imaginara cosas malas.

Pablo me propuso que viviéramos juntos. Me dijo que me buscaría una casa en la entrada a Oaxaca. Me dio tanta emoción, que le dije que sí, pero que no tan lejos pues me era necesario estar cerca de mi familia. “¿Por qué en Oaxaca y no en Tehuacán?” Ya conocía a sus hermanos y a sus sobrinos. Respondía que era porque viajaba con más frecuencia a Oaxaca, y de esa forma pasaría más tiempo conmigo y tendría dónde descansar. Le creí.

Aunque lo quería mucho, necesitaba la aprobación de mi familia y, en la primera oportunidad, le comenté a mi hermano sobre mis planes. Le conté que Pablo había sido casado y que tenía dos hijos, que lo quería mucho y me había propuesto que viviéramos juntos. Mi hermano me dijo que pensara bien las cosas, que ya no era una niña y que respetaría cualquier decisión que tomara. A mi madre no le gustó su respuesta, pues en el fondo esperaba que me hiciera cambiar de opinión. Yo me sentía feliz. Como mi padre no estaría de acuerdo, con él actuaría distinto. Me iría a vivir con Pablo y después regresaríamos para hablar con él.

Cuando le comenté a Pablo lo que me dijo mi hermano, le dio gusto y se puso a buscar casa para irnos lo más pronto posible. Empezamos a planear y a ver muebles, pues quería que tuviéramos lo necesario para vivir cómodamente.

Ocho días después, mi hermano me dijo que había pensado mejor las cosas, que seguía respetando mi decisión, pero que estuviera consciente de que destruiría una familia, pues seguramente él aún vivía con ella. Si no, que me explicara por qué quería llevarme a Oaxaca. “Si tienes hijos con Pablo, los voy a querer mucho, pero a Pablo no lo quiero en mi casa. Piensa en qué tipo de padre es, va a dejar a sus hijos para irse contigo. Con el tiempo, te hará lo mismo.” Me pidió que recordara los días, noches, años y acontecimientos especiales que pasamos solo con mi madre, que recordara la razón por la que nuestro padre no estuvo con nosotros. “Fue por andar con otras mujeres, pero, a pesar de todo, nunca nos dejó para irse a vivir con alguien más.” Me dijo muchas cosas que eran ciertas y sobre las cuales tenía toda la razón. A pesar de eso, era más grande mi necesidad de estar con Pablo y no perder la oportunidad de intentarlo.

Cuando le comenté a Pablo lo que mi hermano me había dicho, me dijo que nunca abandonaría a sus hijos, que se iría conmigo, pero que estaría muy pendiente de que no les faltara nada. Que esperaba que yo estuviera de acuerdo y lo apoyara. Me pareció que tenía razón y que tendría que ayudarlo con sus hijos cuando fuera necesario.

Las fiestas de Navidad y Año Nuevo estaban por venir y Pablo me comunicó que pasaría esas fechas con sus hijos, y que las siguientes, seguramente, ya estaríamos juntos. Aproveché para estar con mi familia.

Pablo estaba muy cariñoso y mostraba ilusión de que pronto viviéramos juntos. Para mí eso significaba mi felicidad; por fin, una ilusión se me haría realidad.

Llegó el Año Nuevo y quería estar tranquila con mi familia, así que le comenté a Pablo que esa noche trabajaría. De esa manera

no me mandaría mensajes hasta el otro día y evitaría enojos con mi madre.

El 31 en la tarde le envié un mensaje desde el teléfono de mi madre porque yo ya no tenía saldo. Le decía que iba para el trabajo, que tuviera un bonito Año Nuevo, que lo quería mucho y que le escribiría al día siguiente. Siempre que le mandaba mensaje de cualquier otro número que no fuera el mío, me respondía o me llamaba a mi número, pues sabía que era porque no tenía saldo. En esta ocasión, me regresó un mensaje en blanco, al número de mi madre. Me sorprendió, pero le reenvié otro que decía: “Gracias por tu mensaje en blanco, yo también te quiero mucho”. A los pocos segundos entró una llamada al celular de mi madre. En ese momento supe que algo no estaba bien. Estaba segura de que quien hablaba no era Pablo. Mientras contestaba, caminé hacia el patio, pues mi madre estaba cerca y no quería que oyera. Una voz de mujer me preguntó que con quién hablaba, que quería saber quién estaba molestando de ese número. Para entonces, estaba segura de que era su esposa y estaba decidida a no mentirle. Esa llamada me demostraba la razón que tenía mi madre al decirme que seguían juntos.

Pablo me había mentido y yo no quedaría como la amante despiadada. Le contestaría con la verdad, y si ella me odiaba, sabría que no todo era mi culpa. Me preguntó si sabía que era casado. Contesté que sabía que lo había estado, pero que ahora estaba solo. Eso bastó para que me insultara y me maldijera. Pensé en colgarle, pero si volvía a llamar, la que contestaría sería mi madre, así que la dejé seguir y contesté a todas sus preguntas. Finalmente, si me dejaba, su mujer sabría que tanto a ella como a mí nos había engañado. Le conté que llevaba varios años con él, desde que estaba en Estados Unidos, que me había dicho que ya no la quería y, por esa razón, estaba a punto de irse a vivir conmigo. No dejaba de insultarme y repetía que me buscaría para golpearme. “Puede maldecirme todo lo que quiera, en eso no somos iguales.

Tal vez esa es una de las muchas razones por las que Pablo está conmigo. No sabía que seguían juntos. Lo quiero mucho y él me demuestra lo mismo. Hoy me doy cuenta de su engaño y eso me duele más que sus insultos. Al que le tiene que pedir explicaciones es a él, no a mí.”

Ella estaba furiosa y comenzó a burlarse. Decía que nunca tendría a Pablo para mí sola, porque a ella nunca la dejaría, para él, lo más importante era su familia. Admití que tenía razón y le dije que estaba segura de que todo cambiaría porque me consideraba una mujer muy valiosa que sabía reconocer cuando perdía. “En esta ocasión no pierdo, porque me ayudó a ver lo que no quería y me enseñó la calidad de hombre que tiene por marido. No lo buscaré más, no me interesa un hombre infiel y mujeriego, con tal capacidad para mentir. Dígale que tampoco me busque.” Finalmente, le colgué el teléfono.

No pude evitar llorar. ¡Era tanta mi desilusión! Mi madre salió al patio, me miró y dijo: “Era su mujer, ¿verdad?” Asentí. Me dijo que me encerrara en mi cuarto si quería llorar, pues mis tíos empezaban a llegar.

Como a la media hora sonó mi celular, era Pablo. No quería contestarle. Insistió mucho y lo hice. Le pregunté qué deseaba. “Déjame explicar las razones por las que no te dije la verdad, perdóname, no quiero perderte. Te amo y te juro que en eso no mentí. Ella está enferma y no he podido dejarla, dame tiempo para hablar con ella e irme contigo.”

Esa llamada cambió mi forma de ver las cosas. Le dije que nadie lo iba a querer como yo, que le agradecía los hermosos momentos que cambiaron mi vida por unos años, y haberme ayudado a borrar mis malas experiencias, haberme enseñado a amar y tantas cosas más. Le pregunté por qué me había engañado, por qué me había ilusionado. “Me destrozaste la vida y las ilusiones. Hasta este día habías sido muy importante, te amé tanto como ahora te odio.”

Me pedía que nos viéramos, pero mi mente me decía que debía olvidarlo. Le dije que arreglara las cosas con su mujer y que se asegurara de que no volviera a marcarme, porque el teléfono era de mi madre. Le pedí no llamarme más y le colgué.

Esa noche invité a cenar a uno de mis primos y a mi amiga Osuany, además de la familia que mi madre había invitado. Fue muy buena ocasión para beber. Disimulé muy bien y nunca saqué el tema de Pablo.

Por varios días siguió enviando mensajes. Decía que me extrañaba y que no quería perderme. No le contestaba. No podía superar su engaño. Pero lo extrañaba mucho y sus mensajes me hacían sentir bien.

Por otro lado, tenía un buen pretexto para salir a divertirme cada ocho días. En mi casa decía que me iba a trabajar y llegaba a las dos o tres de la mañana, cuidando que mis padres no se dieran cuenta de mi estado.

Tres meses después de haber terminado, me llamó de un teléfono público. Dijo que estaba cerca de mi casa y quería hablar conmigo. Me pidió vernos en el parque; si no iba, amenazó con irme a buscar a mi casa. Acepté. Mi nerviosismo era señal de que no había dejado de quererlo. Cuando nos encontramos, pidió que lo perdonara. Dijo extrañarme: “Júrame que ya no sientes nada por mí”, me exigió, y no pude. Dio explicaciones que no creí, pero me convenció para que siguiéramos juntos. Esta vez nos veríamos cuando yo quisiera.

De regreso a mi casa me sentí realmente feliz. Sabía que, ahora sí, nuestra relación era un juego, nada serio. No cambiaría mis salidas con mis amigas y, lo mejor de todo, no rendiría informes sobre nada de lo que hiciera.

Así estuvimos cuatro meses. Seguí acompañándolo de vez en cuando a sus viajes. En los lugares a los que llegábamos lo conocían muy bien, sobre todo las mujeres. Se notaba que les molestaba que fuera acompañado y varias veces nos enojamos por eso.

Un día que salí con mis amigas, Osuany fue al baño y dejó su celular en la mesa. Casualmente, el teléfono sonó y pude ver que quien le hablaba era Pablo. No lo pensé y contesté. No reconocí mi voz y preguntó cómo estaba. Le dije que bien y que Osuany también. Le pedí que me explicara por qué la llamaba. Dijo que le había marcado porque mi teléfono lo mandaba al buzón. No le creí y colgué. Algo me decía que me mentía. Busqué los mensajes de texto, había varios de Pablo en los que le proponía que salieran. Osuany le contestaba que saldría con él a cambio de que le prestara dinero. Cuando ella regresó a la mesa, le reclamé que hubiera traicionado nuestra amistad. Me dijo que él la había buscado, que era un mujeriego y que lo mejor que podía hacer era dejarlo. Sentí tanto coraje, que di por terminada nuestra amistad. Pablo volvió a marcarle, discutieron y ella le colgó el teléfono. Osuany y yo decidimos continuar nuestra “amistad”. Entendí que Pablo no cambiaría.

Me fui a mi casa y me encerré a llorar por él. Me dio una fuerte diarrea y dolor de cabeza. Pensé que, de nuevo, mi mente estaba provocando mis achaques. Le conté a mi mamá lo que había pasado con Pablo y Osuany y me aconsejó que los dejara a los dos. Seguramente el enojo me había provocado la enfermedad. Pablo siguió marcándome y yo cambié mi número.

Después de este nuevo desengaño seguí bebiendo y mi tristeza fue más notable: comencé a bajar de peso y me daba calentura por las noches, más cuando iba a trabajar. Compré una caja de aspirinas efervescentes que siempre llevaba conmigo. Decidí no darles importancia a las enfermedades. A Osuany la seguí viendo en el trabajo. Me dijo que hiciera algo para mejorar mi estado de ánimo. Pablo me mandaba correos y eso me motivaba un poco, pero como no le respondía, dejé de hacerlo. Ya no sabía nada de él y, por más que quería, no entendía qué pasaba conmigo.

Extrañaba a Pablo, lo seguía queriendo, a pesar de todo, era indispensable para mí. No entendía cómo superé la violación, el

acoso de mi agresor, el careo y muchas cosas más, pero no pudiera con la separación de Pablo. Me decía que era una mujer fuerte y que tenía que superarlo. Mi cuerpo se sentía agotado y ya no me obedecía. En el trabajo me preguntaban si tenía problemas, porque me veían muy delgada. No sabía qué contestar. No sabía si estaba así por Pablo o porque mi mente estaba cada vez peor.

EL DIAGNÓSTICO

De alguna manera, tenía que salir de esa etapa, así que decidí aceptar la invitación de un amigo del trabajo para salir con él un sábado. Se llamaba Alejandro. Aparte de guapo, siempre me había llevado muy bien con él y me agradaba. Pensé que me ayudaría a superar lo de Pablo. Salimos con más frecuencia. Alejandro había estado casado con una de mis vecinas y salía con él para divertirme; evitaba que nos vieran juntos. Los únicos que sabían eran nuestros compañeros de trabajo.

Con el tiempo, mi recuerdo de Pablo era menos frecuente, pero en mi casa me decían que me veían peor, que ya no pensara en él y que comiera bien, porque tal vez tenía depresión por su culpa. Mi cuerpo me decía que algo estaba mal. Noté que el cabello se me caía por mechones cada vez que me bañaba o me peinaba y cada mañana al levantarme veía mis cabellos en la almohada. “Seguramente me faltan vitaminas”, pensaba. Las calenturas eran más frecuentes y, por las noches, no soportaba los calores en mis pies. Mi piel, en el pecho y la entrepierna, estaba cada vez más reseca, como si tuviera caspa, y por más que me ponía crema, no se regeneraba. Notaba muchos cambios en mi cuerpo, y cuando los comentaba con mi familia veía su cara de molestia. Otra vez con mis achaques: “Ya, Betty, no empieces”.

Por esos días, una de mis primas, muy cercana, se casaba: tendríamos fiesta en la familia y, seguramente, me divertiría y me

olvidaría de mis dolencias. Mi familia es muy grande y la mayoría sabía de mis males, al grado de hacerme bromas. Ya no me decían Betty, sino Dolores. No dejaba de preocuparme porque me sentía más débil y me la pasaba recostada. Mi madre se molestaba, pues creía que era síntoma de depresión. Me levantaba, me decía que debía activarme y no pensar en tonterías. Yo aprovechaba cada momento que ella salía para descansar.

Llegó el día de la boda y mi mejor ropa me quedaba grande: había bajado mucho de peso y no faltaba quien me dijera que me veía mejor así. Por momentos, me sentía bien. Ya en la fiesta, hacía mucho frío y yo tenía calentura. Ese día noté otro malestar: al respirar, sentía ardor en la garganta al inhalar y exhalar. Lo comenté con la familia, pero ya no me hicieron caso.

Pasaban los días y yo empeoraba. Me llevaron, nuevamente, con mi médico. Me preguntó por qué estaba bajando de peso, que si estaba deprimida. Mi madre le contó lo que había pasado con Pablo, pues estaba segura de que esa era la razón. El médico habló conmigo y me recetó antidepresivos y vitaminas. Le comenté que seguía con tos, pero ahora con flemas. Me recetó algo para la tos y me pidió que no hiciera quedar mal a mi familia, que tomara los medicamentos y que si no, me internaría nuevamente. Con tono burlón me dijo que le ayudaría a cambiar de coche. Prometí seguir sus indicaciones. Le dije que sabía que mis padres y mi hermano no debían gastar más en mí.

Mi madre se veía angustiada. Veía en su rostro el miedo. De alguna manera buscaba distraerme y, en unos de esos días, me llevó al centro de Puebla. Entramos a una iglesia en la que estaba el Señor de la Misericordia. No pude evitar llorar; lo único que pude decirle fue que creía en él y que aceptaría lo que decidiera. “En tus manos estoy, Señor.”

No pasaron ni ocho días y mi estado fue más crítico: respiraba con mucha dificultad, casi no tenía cabello, mi tono de piel se oscureció y pesaba cuarenta y cinco kilos. Había bajado diez

en menos de tres meses. Además, seguía con las calenturas, la descompensación corporal, dolor muscular, calor en los pies, tos constante con muchas flemas y cada vez me costaba más trabajo respirar con normalidad. Mis familiares estaban alarmados y comenzaron a dudar de que fuera algo mental.

En mi pensamiento y en mi alma yo podía sentir lo que vivía en mí. Tenía la certeza de lo que se trataba, pero ni siquiera permitía que mis labios repitieran lo que mi cerebro me gritaba. ¡Tenía tanto miedo de que mi pensamiento se volviera realidad! Veía a mi Dios y le decía: “Señor, que sea cualquier cosa menos Eso”. Ni a él podía decírselo.

Llegó la hora de rectificar algunos pensamientos pasados: después de mi violación le pedía a Dios, exigiéndole, que me dejara morir. Tantas veces se lo pedí que, ahora que no podía ver su imagen sobre mi cabecera, no sabía cómo decirle que siempre sí quería vivir. Me sentía avergonzada y no podía decírselo. Ahora tenía lo que siempre le había pedido y me asustaba. “Perdóname por esos malos pensamientos y ayuda a mi familia.” Quienes acudían a visitarme para saber cómo seguía, lo hacían con más frecuencia y, aunque nadie me decía nada, sé que me veía fatal. Sus rostros me lo gritaban. Les dolía verme así, porque sus ojos llenos de lágrimas les brillaban.

Una de mis tías que sabía de mi relación con Pablo habló conmigo y con mi mamá. Me preguntó si era por él que estaba dejándome morir. Le contesté que no, pero no me creyó. Le dijo a mi mamá que lo buscaría para que viniera a verme, que debía dejarlo entrar para que yo mejorara. La preocupación de mi madre la llevó a aceptar que Pablo entrara para ver si mejoraba. Al día siguiente, mi tía me dijo que había hablado con él y que vendría a verme. Ni eso me animó. Definitivamente, ese no era el motivo de mi malestar.

Los gastos crecían y decidimos inscribirme en el Seguro Popular. Fuimos a mediados de junio, me dijeron que en menos de quince días, podía comenzar a usarlo.

No había mejoría y mi hermano decidió llevarme a su casa para estar más cerca del médico y los hospitales. Estuve ahí desde los primeros días de julio, pero extrañaba a mi padre. Me lo imaginaba en la casa, solo y triste. Mi hermano me llevaba a verlo y me regresaba a su casa. Tomaba mucho medicamento y suero de sabores, casi no comía porque todo me daba asco. Ya no podía sostenerme por mí misma y, para subir al coche y bajar, mi hermano tenía que cargarme.

Llegó el 7 de julio de 2010, mi cumpleaños número veintiocho. Ese día tuve visitas. Después de cantarme *Las mañanitas*, me animaron a seguir luchando y no desanimarme. Esa noche ya no pude dormir por la falta de respiración. Mi hermano vio tan angustiada a mi mamá que le preguntó qué quería que hiciera. Me internarían para que estuviera mejor. Me angustié al pensar en el dineral que gastarían. El doctor volvería a decirme que era mi cabeza. Ya arriba del coche, le dije a mi hermano que no quería que me internaran, que, por favor, me llevara al Centro de Salud de Tepeaca, que ahí me dejara a ver qué hacían, que yo ya no quería ir con el mismo doctor.

Me hicieron caso e ingresé al Centro de Salud donde, por suerte, mi madre conocía a la enfermera. Ella nos ayudó para que nos recibieran rápido. La doctora que me atendió era muy joven y muy amable. Le conté mi historial, me revisó y me dijo que posiblemente era una neumonía. Me mandó medicamento y me dio una orden para ir al Hospital General de Tepeaca, con el médico internista.

Al comentarle al doctor que me atendió sobre mi largo tratamiento de tifoidea y salmonelosis, más la pérdida de peso, en menos de diez minutos llegó a la pregunta que yo tanto temía: ¿alguna vez te has realizado una prueba de VIH? Le contesté que sí y que había salido negativa. “¿Por qué te la hicieron?” Le dije que mi médico la propuso al saber que había sido violada. “La haremos otra vez junto con otros análisis para descartar tuberculosis.” Los estudios se harían fuera del hospital y tendrían un costo.

Entre mi hermano y mi tío Gildardo, hermano de mi padre, me llevaron a casa un tanque de oxígeno para que pudiera dormir y descansar un poco. El médico me citó tres días seguidos para tomarme muestras gástricas y realizarme otra prueba de tuberculosis. Mi mamá y yo salimos del hospital muy pensativas. Mi hermano me dijo que no me preocupara, que la primera prueba había salido negativa y que, además, no había tenido relaciones. “¿O sí?”, me preguntó. Contesté que sí y se molestó, pero después me dijo que lo bueno era que, entonces, ya había superado lo de la violación. Mientras, la idea de que fuera sida no se iba de mi cabeza y el miedo era constante.

Me hicieron los estudios de laboratorio en Puebla. Los resultados de la prueba de Elisa y la confirmatoria estarían para el 13 de julio. Los del estudio de tuberculosis, cuarenta días después.

Los siguientes tres días continué asistiendo al hospital para toma de jugo gástrico. Lo que más me sorprendía era el profesionalismo del médico. Sabía mucho y ponía mucho empeño en mi caso. No tenía que hacer fila ni sacar ficha. En cuanto llegaba, me pasaban a consulta. Se sabía de memoria mi número de expediente y mi fecha de nacimiento. Me daba mucha seguridad.

Tenía que ir al hospital en taxi, pues cada vez estaba más débil. Mucha gente me apoyaba: vecinos, amigas y, sobre todo, mi familia. En especial, las hermanas de mi papá, la tía Esperanza que vive cerca de mi casa, la tía Viki y el tío Gildardo, también el resto de la familia. Parecía que los mandaba traer en los peores momentos. Siempre estaban acompañándome.

El 13 de julio mi hermano salió de vacaciones y fue a recoger los análisis. Llegó en la noche. Siempre iba a ver cómo estaba. En esta ocasión se quedó platicando con mi madre en la cocina y, después de un buen rato, fue a verme. Entró muy serio, me miró y me dijo:

—Estaba platicando con mamá sobre tu situación. Ella es ne-
cia y no quiere entender que debes dormir sola, no porque nos

contagies, sino, al contrario, porque estás tan débil de defensas que nosotros podemos traerte infecciones. Sé que me entiendes y obligarás a mamá a que duerma en otra cama.

–Sí, hablaré con ella.

–Mañana, por fin, el médico te dirá qué es lo que tienes y sobre eso quiero hablarte. Primero que nada, sabes que te queremos mucho y debes estar segura de que, pase lo que pase, sea lo que sea, vamos a estar contigo. También quiero que me prometas que serás fuerte, como lo has sido, para enfrentar tantas cosas que has pasado. Quiero que te comprometas con nosotros a echarle muchas ganas para salir juntos de lo que venga. ¿Me lo prometes, manita?

–Te lo prometo.

Había muchos motivos por los que debía vivir. El más importante para mí eran mis sobrinos; quería un futuro con ellos, quería verlos crecer. En ese momento, lo que más me dolía era que no pudieran acercarse a mí. Desde bebés, siempre que llegaban a mi casa dormían conmigo. Mi cuarto era de ellos también y compartíamos travesuras, risas, lágrimas, regaños, aventuras y juegos. Son parte fundamental en mi vida y me dolía en el alma ver sus caritas tristes diciendo, desde la puerta de mi cuarto: “Hola, tía, y adiós. Te queremos mucho”. Si quería un futuro con ellos, tenía que saber a qué me estaba enfrentando.

14 de julio de 2010: cita en el Hospital General para recibir resultados. La tía Viki, con su esposo, el tío Arturo y mi primo, estaban desde muy temprano en mi casa. Viven en Puebla, pero no les importó viajar temprano para estar con nosotros. Me acompañarían ellos, mi madre, mi hermano y mi cuñada. Mi padre no iría, pienso que porque tenía mucho miedo de saber qué era lo que me pasaba. A mí me parecía mejor que estuviera en casa, pues siempre he sentido más sensible y débil a mi padre.

Llegamos al hospital. El médico me tomó la última prueba gástrica mientras le preguntaba a mi madre si ya tenía los resultados

de la prueba Elisa y la confirmatoria Western Blot. Se los mostró y nos llevó a su escritorio.

–¿Quién viene con ustedes?

–Mi hijo, mi nuera y mis cuñados.

–¿Son de confianza?

–Sí, doctor –respondió mi madre.

Fue entonces cuando oí al doctor darme la noticia que mi subconsciente me gritaba desde hacía mucho tiempo y que no había querido oír.

–Lamento ser portador de malas noticias, pero es mi deber darte el diagnóstico e información: eres positiva en VIH-sida.

Vi pasar toda mi vida en un segundo y mi primer pensamiento fue: muerte. Mi primera reacción fue llorar y decirle a mi madre que no quería vivir así. No sabía cuánto tiempo viviría y era seguro que empeoraría cada día más. Me hacía preguntas en voz alta: ¿por qué a mí?, ¿cómo voy a vivir así?, ¿cómo va a reaccionar mi padre?, ¿cómo voy a decirle a mi hermano? ¡Ya nadie me va a querer! ¿Cómo le voy a explicar a Pablo?

Lo que más me preocupaba era mi padre, pues ahora no solo tenía que enterarse de la violación, sino también de que tenía VIH-sida. No paraba de llorar. En su desesperación, mi madre abrió la puerta del consultorio y le habló a mi tía Viki. Entró y le dijo: “¡Mi hija tiene sida!” Mi tía lloraba y me decía que me calmara. Salí del consultorio y, tomando a mi tía de los hombros le dije: “¡Tía!, por favor, dime que no es cierto, que esto es un sueño. Por favor, despiértame. Dile a papá Dios que me dé otra oportunidad, que sabré aprovecharla. Por favor, dile, a ti sí te escucha. Estoy soñando, ¿verdad? esto no puede ser cierto. Dime, por favor, que no es verdad”.

No dejaba de agitarla y ella lloraba. Su mirada me decía que sí, que sí era verdad, que no era un sueño. En ese instante mi hermano caminó para encontrarme, me abrazó y me dijo que todo estaría bien. Yo le contestaba enojada y llorando que no, que

nada estaría bien ya, que nunca iba a estar bien y nadie me iba a querer. Él lloraba también, mientras le preguntaba al doctor si había la posibilidad de error, como la primera vez. El médico contestó que era muy difícil, pero que me tomarían otra muestra. Me preguntó si quería que me internara por la posible neumonía y le contesté que no, quería salir corriendo de ese lugar. Mi madre y mi tía dijeron que sí, porque no había descansado y estaba muy alterada. El médico quiso saber quién se quedaría conmigo como responsable y, sin pensarlo, mi tía dijo que ella. Mi madre tenía que estar presente cuando hablaran con mi padre. Mi hermano ya no aguantaba y lloraba mientras salía del hospital. Mi madre le pidió a mi cuñada que fuera tras él para tranquilizarlo. Mientras tanto, a mí, el médico y mi tía me llevaban a los laboratorios para confirmar lo que, desde hacía tiempo, ya presentía.

Me llevaron a un cuarto aislado donde mi tía tenía que disfrazarse para estar conmigo. Estaba aún en una camilla, con dos sueros, uno en cada brazo. Sentía medio cuerpo dormido y leves piquetes en la otra mitad. De repente ya no lloraba; era mayor el enojo que sentía. Después llegó un camillero y me dijo que me llevaría a un cuarto especial. Colocó en mi pecho un enorme letrero, como de sesenta por cuarenta, con mi nombre completo más: VIH-sida + POSIBLE TUBERCULOSIS. Me preguntó cuántos años tenía y le dije que el 7 de julio había cumplido veintiocho. Muy sarcástico, me dijo: “Como quien dice, te dieron tu regalo”.

Mientras me llevaba al cuarto, oí los gritos de una mujer que le reprochaba a Dios la situación por la que estaba pasando y decía que por qué la castigaba así, mientras lloraba con desesperación. Al oírla, yo le preguntaba a Dios que si mi prueba era grande, cuál sería la suya. Cuando pasé cerca de la mujer, me dio coraje ver que estaba a punto de dar vida a un bebé. Con mucho gusto le cambiaría el lugar.

Al llegar al cuarto, colocaron en la cabecera de la cama el enorme letrero. Mi sistema nervioso estaba mal, lo podía sentir

y ver, pues medio cuerpo seguía dormido y el pulgar de mi pie izquierdo no paraba de girar. Ya era mucha mi desesperación y quería irme a casa. Llegó el médico a hablar conmigo y me dijo que llevaba dos noticias: una mala y otra buena. Le pedí que me diera la buena, pues de la mala ya estaba segura. Mis resultados de tuberculosis eran negativos y ahora sí podría tratar con seguridad la neumonía. Después me dijo que la mala era que mi prueba de VIH había vuelto a salir positiva.

No esperaba otra noticia. Estaba tan segura de que el VIH ya estaba en mí, que ni siquiera esperaba un milagro. Le comuniqué al doctor con tono altanero, que me quería ir porque me sentía muy mal. Jalé la sábana para descubrirme el pie izquierdo y que pudiera ver cómo mi dedo no dejaba de girar. Al médico le dio un poco de risa y me dijo que le regalara diez minutos, y si en ese tiempo seguía sintiéndome igual, me iría. La enfermera me puso un medicamento y el doctor me dijo que tenía que explicarme sobre mi situación: “La enfermedad que tienes es ocasionada por las bajas defensas de tu sistema inmunológico, es decir, entre más bajan, más frágil te vuelves y eso permite que adquieras una cadena de enfermedades como las que ya tenías en tu historial clínico. Hay tratamientos, pero son muy caros. Más o menos te saldría en treinta y ocho mil pesos por mes”.

Al oír la cifra, se terminaron mis esperanzas de sobrevivir. Después me dijo: “La buena noticia es que en México y en Puebla hay un lugar donde te pueden ayudar con información, apoyo psicológico, médico, dental y, lo mejor de todo, es que tu tratamiento, si decides tomarlo para seguir viviendo, sería gratuito. Pero necesito que me autorices para hacerte un escrito que deberás presentar en cuanto puedas en ese lugar. Verás que te apoyarán mucho”. Esa era mi única opción y tenía que tomarla. El médico se fue y no supe más; me quedé dormida.

EL CENTRO AMBULATORIO DE PREVENCIÓN Y ATENCIÓN AL SIDA E INFECCIONES DE TRANSMISIÓN SEXUAL (CAPASITS)

Cuando desperté, mi tía seguía a mi lado y ya era mediodía. Me llevaron de comer, pero parecía que hasta el aire estaba infectado, pues ni la que llevaba la comida quería entrar; desde la puerta le daba la charola a mi tía. Le pregunté a mi tía si no le habían hablado de mi casa, pues me preocupaba la reacción de mi padre. Decía que no y que, seguramente, todo estaba bien.

Después de un rato llegó mi cuñada y le pregunté lo mismo. Ya habían hablado con él y estaba más tranquilo. Cuando entró mi madre, me quedé con ella a solas. Decía que teníamos que echarle muchas ganas, que había mucha gente que preguntaba por mí: tías, tíos, primos, que esperaban noticias. Le pregunté si les habían informado lo que tenía. Dijo que no, que únicamente les comentó que tenía neumonía. Los hermanos de mi padre, los más cercanos, sabían la verdad para que apoyaran a mi papá. Mi hermano ya estaba mejor, pero le preocupaban las decisiones que yo pudiera tomar. En el fondo, le daba miedo que intentara suicidarme. Me sorprendió que mi madre me dijera: “Tu hermano desde ayer sabía lo que tenías. Los resultados se los entregaron abiertos. Se aguantó para no llorar cuando llegó a verte; por eso habló contigo”. Entonces entendí por qué su semblante era distinto.

Tenía muchas cosas en mi cabeza, pero de repente pensé en Pablo. “¡Mamá, Pablo! ¿Cómo le voy a decir? No me perdonaría que estuviera infectado por mi culpa.” Mi madre me pidió no pensar en eso, al menos hasta que estuviera más estable. “Después veremos la forma de decirle”, me comentó.

Regresó mi tía. Se quedó todo el día y toda la noche. Al día siguiente, la señora del aseo tampoco entró, le pidió la basura a mi tía. Eso me hacía sentir muy mal.

Una enfermera llegó y me dijo que tenía que responder unas preguntas como parte del procedimiento. No me imaginé el

contenido: ¿nombre?, ¿cuántos años tienes?, ¿eres una mujer promiscua?, ¿cuántas parejas has tenido?, ¿tu madre tuvo muchas parejas?, ¿tu madre tiene sexo con otras mujeres?, ¿tu padre es mujeriego?, ¿tu padre tiene sexo con hombres?, ¿tienes tías o familiares que vendan sexo? Muchísimas preguntas que me parecían monstruosas. Parecía que volvía a vivir el careo una vez más. Como a las diez de la mañana, llegó el médico y me dijo que me daría de alta para que fuera a informarme sobre el CAPASITS e iniciar mi tratamiento con retrovirales lo más pronto posible.

Mi madre llegó con ropa limpia para cambiarme. Me comentó que en el pasillo había encontrado a Dalia. No pasaron ni diez minutos cuando entró a mi cuarto y me preguntó cómo estaba. Le dije que ya mejor, pero era imposible que no viera el enorme letrero con mi diagnóstico. Lo vio y me dijo que le echara ganas, que había gente que vivía muchos años. Después de un rato se fue.

Como a las once, salí del hospital. Afuera me esperaban mis amigas y mi familia. En casa, al ver a mi padre, comprobé que me habían mentido; él no estaba bien, había sufrido demasiado con la noticia y nada más pudo decirme que me quería mucho y que siempre estaría a mi lado. Me preguntó por qué no le había dicho antes lo de la violación. Le dije que no llorara más, que saldría de eso y estaría bien. “Te lo prometo, papá.”

Llegaron mis primas que viven cerca de la casa, con mis tíos. Ya sabían lo que tenía y todos me abrazaban y me pedían luchar por vivir. Decían que me querían y que estarían conmigo. Descansé un momento y las visitas seguían. Mi hermano les pidió una disculpa y les dijo que tenían que llevarme a otro hospital para ver si podía ingresar para mi tratamiento.

Al llegar al CAPASITS nos dijeron que tendríamos que regresar al día siguiente y nos dieron los requisitos: tomarme otra prueba de Elisa y la confirmatoria, pero esta vez en sus laboratorios.

Al otro día, a las siete de la mañana, ya estábamos ahí. No recuerdo cuántos días pasaron para que me dieran los resultados,

pero cuando la psicóloga me iba a informar el resultado, me explicó sobre la enfermedad y cómo el tratamiento ayudaba a controlarla. Cuando me dijo que mi resultado era positivo, que tenía VIH-sida, se sorprendió mucho cuando le contesté:

–Está bien, gracias.

Me miró y me dijo:

–¿Cómo que está bien?, ¿ya sabías? Eres la primera paciente que me da una respuesta así.

–Sí, ya sabía, necesito el resultado para ingresar al CAPASITS.

Me citaron para el 28 de julio, para que hablara con la trabajadora social y redactara mi historia clínica. Ella me dijo que me apoyarían con todos los servicios y me preguntó si necesitaba apoyo legal, pues le comenté que la información sobre mi diagnóstico había salido del Hospital General de Tepeaca por una enfermera y que, debido a eso, sufría de discriminación en mi localidad, lo que me afectaba demasiado. Me dijo que en el momento en que yo quisiera podíamos demandar, pero que pensara bien las cosas, pues era una manera de confirmar mi diagnóstico y tal vez aún no estaba preparada. Me dio la bienvenida y me dijo que irían conmigo, de la mano, para mejorar mi salud y que se comprometía a hablar con el director del Hospital General de Tepeaca para que sancionara a su personal. Le di las gracias.

El 9 de agosto me realizaron mi primera toma para el conteo del CD4 y la carga viral. No tenía idea de qué se trataba, pero me explicaron que era para ver en qué situación me encontraba. Definitivamente, era sida y me encontraba en etapa terminal. Ese mismo día me tocó consulta con la psicóloga y me dijo que en poco tiempo, si tomaba mi medicamento, estaría mejor y que toda la vida estarían apoyándome.

Cada ocho días iba al Centro. Mi hermano me llevaba y luego se iba al trabajo, lo cual era muy pesado para él. Como ya podía caminar más sin fatigarme, viajábamos en autobús.

El 27 de agosto fue mi primera cita médica con el infectólogo que me daría mi primer tratamiento y mis resultados de CD4 y

carga viral. Esta última salió muy alta y el doctor me explicó que tenía veintiséis células buenas en mi cuerpo contra cien mil malas. Mi situación era crítica, pero podía mejorar si tomaba adecuadamente mi medicamento. Me preguntó si me haría responsable de tomarlo y le contesté que sí. Me dio una hoja para que la firmara. En ella me comprometía a cuidarme y tomar mi medicamento. Estaba dispuesta a cumplirle la promesa a mi hermano y, también, lo haría porque quería vivir.

Cuando empecé el tratamiento, mi situación, lejos de mejorar, empeoró. Mi sistema nervioso estaba alterado, sentía mucha desesperación, náuseas y no quería comer nada. De repente me daba calentura. Así estuve por varios días, sin probar bocado, excepto agua para tomarme el medicamento. Me sentía tan mal, que mi madre llegó a pedirme que no lo tomara más, pues parecía que me hacía más daño. Mis ganas de sobrevivir me llevaron a no abandonarlo, a pesar de lo mal que me sentía.

El 5 de octubre nuevamente tuve consulta. Mi madre le comentó al doctor que me veía peor, que no mejoraba y, por el contrario, estaba cada día más débil. Ya pesaba treinta y cuatro kilos. El médico me preguntó si había tomado una plática de adherencia y le dije que no. También me preguntó si, por alguna razón, había dejado de tomar el medicamento, aunque fuera una sola vez. Le contesté que no, que no lo había suspendido. El médico me felicitó y empezó a explicarme que dentro de mi cuerpo había una batalla entre el bien y el mal, por decirlo de una manera que pudiera entender; por esa razón me sentía peor. Si dejaba de tomar el medicamento, podía ser muy peligroso por lo delicado de mi salud. Me envió a tomar la plática, donde me explicarían los beneficios del medicamento, reacciones, síntomas, efectos secundarios y, sobre todo, lo importante que era apegarse al mismo para obtener mejores resultados. Después de esa plática, entendí un poco más lo que sentía. Pasaron unos días y comencé a notar la diferencia; ya no sentía desesperación.

Imaginaba lo malo de mi aspecto al ver en el rostro de mis familiares, una amarga tristeza. Para ese entonces me sentía tan seca, tan deshidratada, que no recordaba cómo llorar. Es más, ya ni el cuerpo sentía. No había dolores o molestias, hablaba muy poco y creo que me estaba muriendo. Sentía mi alma, vivía mi pensamiento y no notaba el aspecto de mi cuerpo. Si era gordo o flaco qué más daba, si no lo sentía; parecía que no era mío. Observaba mis piernas y las veía normales. No entendía por qué mi familia me veía con los ojos húmedos, y cada vez que notaba ese brillo me preguntaba ¿tan mal me veo, será que me estoy muriendo?

De repente sentía tanta tranquilidad que oía el sonido de sus voces muy lejos. Llegué a pensar que mi alma era la que vivía y flotaba sobre mi cuerpo. Cuando tenía que moverme, ya fuera para comer, tomar agua o ir al baño, no sabía cómo mover mis huesos; mi cuerpo no obedecía a mi cerebro.

Mis familiares llegaban y oraban por mí. Había tanta gente alrededor de mi cama, que creí que era mi funeral; solo faltaban las ceras. No recuerdo cuánto tiempo pasó antes de que pudiera sentirme mejor, pero mi vida seguiría.

Aparte de enfrentarme al VIH-sida, se me venía otra lucha peor, que me dolía más y, si me ganaba, pondría en riesgo mi vida. Al salir del hospital, las que decían ser mis amigas iban a mi casa para saber cómo estaba, pues Dalia ya les había dicho que tenía sida.

Dalia se encargó de difundir mi situación, y tanto vecinos, amistades como enemistades, conocían mi diagnóstico. Así comenzó un infierno más grande que el VIH-sida, el de los prejuicios sociales y la discriminación.

Al enterarse de mi enfermedad, empezaron a formular historias: que era bien loca, o que andaba en bares y por eso me había pasado lo que me pasó. También se encargaron de decirle a Alejandro, el chico con el que salí por última vez. Cuando su exmujer lo supo,

se dedicó a divulgarlo a su manera. Decía que me dio sida porque me metía con hombres casados, al grado de dar santo y seña de dónde y con quién vivía, y mis señas particulares, para que me reconocieran y no se infectaran.

Estos chismes llegaban a mis oídos por medio de mis amigas, que solo iban a visitarme para darme malas noticias. Yo me deprimía demasiado, lloraba y me angustiaba por lo que la gente pensaba y hablaba de mí.

A mi familia le preguntaban qué tenía y respondían que neumonía, pero, a ellos también les afectaban las habladurías, más a mi padre, pues el día que le dijeron mi diagnóstico, no se cansaba de llorar y maldecir a mi agresor. Mi madre me contó que golpeaba con fuerza la pared, que lloraba en su trabajo y le costaba mucho asimilar que su hija sufriera. Además, tenía que soportar la maldad de la sociedad que me ponía la etiqueta de loca sidosa.

No conformes con el daño que ya me habían hecho, se creyeron con la autoridad de prevenir a los que me conocían, entre ellos Pablo. Apenas estaba digiriendo la noticia, cuando me envió un mensaje donde me preguntaba si era verdad que tenía sida. No sabía qué decirle, pues todavía no tenía claro el tema. Le pregunté quién le había dicho eso. Respondió que un hombre le había hablado para prevenirlo y para que se realizara una prueba, que le había dicho que yo estaba muy mal y que había estado hospitalizada. No me quedó más que decirle la verdad, pues nunca fue mi intención ocultarle la noticia, sobre todo porque existía la posibilidad de que estuviera infectado. Era yo la persona a la que le correspondía informarle. Al confirmarle su sospecha, se enojó tanto que empezó a cuestionarme y a culparme. Entre muchas cosas, me dijo que si sabía lo que tenía por qué me había metido con él. ¡Me dolió tanto esa reacción! En el fondo esperaba que me entendiera. No permití que me insultara y le dije: “Mira, Pablo, de verdad no sabía nada. Estoy pasando por momentos muy dolorosos y pensaba decírtelo cuando estuviera mejor, pero así

como te hablaron a ti para divulgar mi diagnóstico, todo Tepeaca lo sabe ya. Sufro de discriminación y lo menos que necesito es que tú vengas a culparme por ser infiel. Esto te pudo pasar con cualquiera de las mujeres con las que andas. ¡Mira lo que son las cosas! Jugaste conmigo, y pido a Dios que simplemente sea una lección para ti y no te toque perder como a mí”. Le recordé que él era el que me buscaba y el daño que me había hecho. Después de eso no volvió a contestarme. Me sentía muy mal, y al mismo tiempo descansé, pues, bien o mal, ya sabía de mi diagnóstico y, seguramente, buscaría ayuda para ver si estaba infectado.

Mientras tanto, continúe yendo al CAPASITS para mis consultas y tratamiento. Poco a poco, mi físico ganaba fuerza. Mi psicóloga me propuso asistir a un taller de mujeres en el que expresaban lo que sentían y, lo mejor de todo, les ayudaba a asimilar su enfermedad. Gracias a eso, en muy poco tiempo pude aceptarme tal como era; empecé a enfrentar a la sociedad y a encararla; me sentía con un poco más de fuerzas y tenía más cabello.

Por esas fechas mi tía Viki nos invitó a visitar a la virgen de Juquila, en Oaxaca. Después iríamos a Puerto Escondido. Mi tía quería llevarme con la virgen para darle las gracias por mi salud. Recuerdo que, desde niña, mi madre nos llevaba a ver a la virgen y muchas veces fui al mar.

En esta ocasión todo lo veía hermoso; tan distinto que parecía que era la primera vez que iba. Cuando llegamos al mar y lo vi, de inmediato quise subirme a una lancha y pasear en ella. Ese día, el mar me parecía de otro color; no era azul sino como verde muy clarito. Ponía atención a los detalles: su olor, el movimiento de las olas... Me parecía hermoso lo que mis ojos veían. Por primera vez tuve oportunidad de ver una enorme mantarraya. Eran muchas las señales de que mi vida había dado un giro total, pues nunca había percibido los pequeños detalles, lo hermoso de la naturaleza, el cielo, el sol, la lluvia, el aire. Parecía como si hubiera estado ciega por muchos años y que ahora el VIH me hacía percibir y valorar

tantas cosas. Todo me parecía hermoso. No sabía si volvería a ver el mar, así que lo aprovecharía.

Después de unos meses descubrí que mi vida no había acabado. Gracias al VIH, mi vida comenzaba y volví otra vez al mar. Lo seguía viendo hermoso y eso me demostraba que, seguramente, regresaría muchas veces más.

El 8 de febrero de 2011 asistí a mi consulta médica. Después de cambiar de medicamento dos veces por efectos secundarios, ya me sentía restablecida. El médico me dio una excelente noticia: “Tienes trescientas sesenta y cuatro células buenas y menos de cuarenta malas. Eso quiere decir que tu tratamiento funciona al cien por ciento y estás indetectable. Esto significa que tienes menos posibilidades de adquirir nuevas enfermedades y menos riesgo de transmitir la enfermedad. Por lo tanto, te garantizo que, si seguimos así, no morirás de VIH. Ahora resta cuidarte de accidentes”. Al decir esto, comenzó a reírse conmigo.

¡Era increíble lo que me estaba pasando! En los talleres de mujeres había oído que algunas pacientes, con nueve años de diagnóstico, aún no asimilaban su enfermedad o, peor aún, que por más que se apegaban al tratamiento no lograban ser indetectables. ¡Yo lo había logrado en medio año! Eso era muy motivante para seguir mejorando como mujer. Tenía mucha hambre de hacer cosas para terminar con la discriminación que me acechaba en mi localidad, pues me enfurecía cuando, en la calle, la gente murmuraba. Aún me faltaba terminar con eso, pero no sabía cómo hacerlo.

De repente, un señor tocó a mi puerta. Preguntó por mí y dijo que trabajaba en el Centro de Salud, que la doctora de mi consultorio me pedía que me presentara, por favor. Sentí miedo. ¿Ahora qué pasó? Al día siguiente fui. La doctora me vio y me dijo que no me asustara, quería saber cómo estaba. Le contesté que ya estaba mejor y le confíé mi diagnóstico. Me dijo que se lo imaginaba, y que había esperado un poco para platicar conmigo. Ofreció ir a mi casa para hacer oración por mí y por mi familia. Acepté y,

desde ese día hasta la fecha, somos buenas amigas. Llegó a reforzar el camino que me faltaba, el camino de fe.

El saber perdonar era importante para terminar de sanar mi alma al mismo tiempo que mi cuerpo. Aprendí a hablar con Dios y a darle gracias porque, finalmente, me había dado la oportunidad que le pedía a gritos el día que el médico me dijo que tenía VIH-sida. Esta vez aprovecharía y valoraría más mi vida. Lo único que me preocupaba era el resultado de Pablo. Necesitaba saber que él estaba bien para que mi vida estuviera completa. Con mucho miedo, le hablé. Pensaba que ni siquiera me contestaría. No fue así, y cuando le dije que me disculpara, pues sabía que me odiaba, pero que quería saber cómo estaba y si podía ayudarlo en algo, me sorprendió su respuesta: “No te odio, al contrario, perdóname, pero la noticia me cayó como bomba. Había dejado de buscarte porque mi esposa estaba embarazada, y cuando me hablaron para decirme lo que te pasaba, me preocupé por el bebé”. Le dije que lo entendía y que mi llamada no era para pedir explicaciones, que ese tiempo ya había pasado. Lo que me interesaba era saber si ya se había realizado la prueba de VIH. Contestó que sí, que un médico le aconsejó tomarse tres pruebas en distintos meses y que las tres fueron negativas. “No te preocupes. Estoy bien”, me dijo. Me reconfortó mucho saberlo y quedamos como amigos. Después seguimos en contacto por teléfono.

Para entonces, mi psicóloga ya había hecho un gran trabajo conmigo. Me sentía más fuerte y, poco a poco, comencé a tener la necesidad de hacer más cosas. En junio de 2012, me informó de una asociación civil que había enviado una invitación para que tres mujeres del estado de Puebla asistieran a un proyecto de preparación en empoderamiento para la mujer y para aprender autocuidado de mujeres que viven con VIH. La reunión era en la Ciudad de México, por cinco días, con todos los gastos pagados. Esto en tres meses distintos. La psicóloga me pidió autorización para pelear un lugar para mí, pues había muchas candidatas.

Sabía de las ganas que tenía de prepararme para concientizar a la sociedad sobre el VIH-sida.

El 26 de junio, en la mañana, la psicóloga me habló por teléfono para informarme que me tenía dos noticias, una buena y otra mala. La buena era que iría a los talleres a México, lo que me dio mucha emoción, pues, entre tantas candidatas, había un lugar para mí. La mala era que viajaría al otro día y no tenía ni idea a qué lugar llegaría y, mucho menos, conocía a nadie de esa asociación civil. Con todo lo que ya había pasado era muy miedosa, pero no podía desaprovechar la oportunidad. Me arriesgué. A mi familia no le agradaba la idea, opinaban que no debía ir, pero me fui. Llegué a un hotel de cinco estrellas con todas las comodidades. Para mi sorpresa, al bajar a cenar, vi a muchas mujeres de diferentes estados que me daban la bienvenida. Ese día se inició una nueva etapa en mi vida. Me convertí en una mujer que empezaba a conocer más sobre el VIH, los derechos humanos, la corresponsabilidad, la prevención, el autocuidado, las infecciones de transmisión sexual y, sobre todo, que empezaba a usar el lenguaje de manera más correcta: siempre había dicho que era una mujer que tenía VIH. Ahora soy una mujer que vive con VIH.

Gracias a estos talleres acepté al VIH por completo en mi vida. Lo acepté como a cada uno de los órganos dentro del cuerpo. Aprendí a cuidarlo, a amarme y a valorarme como mujer y, al mismo tiempo, a defenderme. Sin agredir.

Desde esa fecha hasta el día de hoy, 18 de junio de 2015, sigo asistiendo a talleres para prepararme, no solo para mí, sino para aquellas personas que no tienen la suerte de asistir a este tipo de reuniones. Cada vez que regreso a mi estado, es para compartir la nueva información y las lecciones aprendidas. En el Hospital General del Sur, en Puebla, he convocado a los pacientes con VIH a que acudan a los grupos de información y autoayuda.

Gracias a esta preparación, he notado, con mucha claridad, los cambios en mí y en mi familia. Al compartir con ellos información

sobre prevención y, sobre todo, respeto, logré cambiar en ellos la forma de expresarse sobre las preferencias sexuales. Al cambiar su forma de pensar, han modificado su manera de hablar y de expresarse de las personas con otras preferencias que, igual que los demás, son seres humanos y, muchas veces, con más valores y dignidad. De igual modo, el tema del VIH y el condón eran un tabú en casa; ahora es algo de lo que se puede hablar y comentar. Es increíble tener la información y, más aún, responder con asertividad y seguridad. Estoy convencida de que este es mi camino.

Gracias a esta actividad he conocido más asociaciones civiles y asistido a sus talleres. Asimismo, he descubierto a muchísima gente que, al igual que yo, tiene ganas de seguir en la lucha contra la discriminación y, más aún, estar en lucha constante para defender los derechos de las personas que vivimos con VIH. Este camino me ha dado seguridad en mí misma, me ha vuelto más observadora y, lo más importante, me ha enseñado a disfrutar cada minuto de mi vida. Sentirme satisfecha con mi vida actual es muy importante para mí y para la gente que está a mí alrededor. Puedo dar testimonio y, al mismo tiempo, dar esperanzas y motivación para la vida. También brindo acompañamiento en el proceso de aceptación para vivir con VIH. Ver una sonrisa y oír un “gracias” es la mejor prueba de que ha valido la pena vivir mi historia.

CONCLUSIÓN

A lo largo de mi vida he tenido que superar muchos cambios y sentimientos. Ahora tengo muy claro que las cosas pasan por algo y que no cambiaría nada de mi historia, pues es mi historia la que me ha convertido en la mujer que soy:

Soy una mujer de treinta y dos años, que vive con VIH-sida.

Soy una mujer sobreviviente de abuso sexual.

Soy una mujer que agradece a la vida las lecciones aprendidas.

Soy una mujer sin fantasmas del pasado ni resentimientos.

Soy una mujer satisfecha y completa, con muchos planes a futuro y, aunque no es mi prioridad ser madre, estoy segura de que puedo dar vida sin transmitir el VIH, porque el VIH no trastorna mi vida ni me limita como mujer.

Soy una mujer a la cual el VIH sacó de la tristeza, del enojo y de la victimización y me hizo darme cuenta de mi valor. Me mostró lo hermosa que puede ser la vida cuando aprendes a apreciarla. Saber que podía morir me hizo valorar más mi existencia y la vida a mi alrededor.

Soy una mujer a la cual el VIH le mostró el amor de quienes, en verdad, la amaban.

Soy una mujer que sabe elegir y disfrutar la amistad con respeto.

Soy una mujer que disfruta del amor y la sexualidad con responsabilidad y plenitud.

Soy una mujer que admira a todas las personas que luchan por defender sus preferencias sexuales.

Soy una mujer que admira y respeta a hombres y mujeres trans, que deciden enfrentarse con valor a la vida al realizar cambios en su cuerpo para la satisfacción y realización de su persona. De quienes buscan la felicidad y la seguridad sin hacer daño a nadie, al tomar sus decisiones a pesar de que la sociedad no lo entienda.

Soy una mujer tierna y noble, mas no tonta ni sumisa. Soy ángel, y a veces demonio, con miles de defectos y virtudes.

Soy una mujer sin ninguna profesión segura, pero con muchas habilidades para crear, con mis manos, lo que imagino.

Soy una mujer con sueños e ilusiones por cumplir.

Soy una mujer que, desde niña, creía que su vida sería un cuento de princesas y a la que la vida se encargó de mostrarle que otro sería su destino.

Soy una mujer que, lejos de pensar nuevamente en el suicidio, cuando recibió la noticia de que tenía VIH decidió luchar por su vida.

Soy una mujer guerrera, una mujer fuerte en el camino del empoderamiento, buscando un futuro en el que la sociedad pueda ser más sensible, comprensiva y humana ante el tema del VIH y las preferencias sexuales sin discriminación.

Soy una mujer que desea que la sociedad entienda que el VIH no es un castigo de Dios; que la discriminación mata a la gente, no el VIH; que no hay sentencia más dura que la ignorancia acerca del VIH; que juzgar el VIH no te hace más sano; que el VIH tiene diferentes rostros.

Finalmente: soy una mujer que puede ver el rostro “positivo”, del VIH.

Graciela Enríquez Enríquez
coordinó esta edición de 1 000 ejemplares

El cuidado de la obra estuvo a cargo de
Yvette Couturier

Se terminó de imprimir en noviembre de 2016

Diseño gráfico editorial
Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.
Calle 2 núm. 21, San Pedro de los Pinos
03800, Ciudad de México
55 15 16 57

En la composición se utilizaron tipos
Baskerville en tamaños
9, 10, 11, 13, 16 y 24 puntos

Editado por
DEMAC